

El loco, el automata y la paradoja del fraile. Una mirada sobre la experiencia soviética

The madman, the automaton and the paradox of the friar. A look at the Soviet experience

Alejandro García

Universidad de Murcia

RESUMEN

El desplome del zarismo y las múltiples insurgencias que se expanden por el imperio ruso abren la oportunidad para construir un nuevo poder que los bolcheviques no desaprovechan. Lenin, el primero en entenderlo, no solo rompe con la hermenéutica marxista sino que acomoda el proyecto a la soledad del aislamiento internacional. La metodología de la colectivización agraria y la industrialización del periodo staliniano se entenderían desde dos prismas: desde la particularidad histórica mediante la que Rusia accede a la construcción de un estado industrial y desde la urgencia por equilibrar fuerzas con un occidente que, están seguros, buscará destruirlos.

PALABRAS CLAVE: revoluciones en Rusia, Lenin, Stalin, industrialización, violencia

ABSTRACT

The czarism downfall and numerous uprisings extending the russian empire open an opportunity to build a new power, that bolchevique people don't miss. The first to understand this was Lenin, who not only break with the marxism hermeneutics but also adjust this project to the international isolation. The agricultural colectivism methodology and the industrialization of this period could be understood through two perspectives: From the historical peculiarity

in which Russia has access to the industrial state and from the urgency to achieve a balance with the western world, that for sure , it will look for destroy them.

KEY WORDS: Revolutions in Russia, Lenin, Stalin, Industrialization, Violence

UN NOTARIO EN RUSIA

En el verano de 1928, cuando hacía once años que los soviets gobernaban Rusia, un notario español, hijo de la aristocracia rural extremeña, quiso saber qué estaba ocurriendo allí. Diego Hidalgo, de 42 años, con inmensa curiosidad y desoyendo a quienes le advertían que ir a Rusia era entrar a un infierno del que no saldría, finalmente cruzó Europa en tren y, con la coartada ante los consulados del soviét de su interés por conocer el código civil soviético, obtuvo los permisos necesarios y llegó a Moscú a finales de agosto.

Si se consultan las hemerotecas europeas de esa época, se constata que la “república de los soviets”, como era denominada por la prensa mundial, no había vivido un minuto de comprensión y sosiego en su década de vida. Unánimemente adversos, los medios de comunicación mundiales habían creado una matriz de opinión pública en la que se describía a Rusia como el escenario de una violenta aberración social, que demolía los eternos principios del orden humano, un aterrador experimento. Pero ecléctico ante ese inmenso barullo, Diego Hidalgo, no olvidemos su condición de notario, quiso conocer por sí mismo y levantar acta de lo que allí viera¹.

Lo que confiere notable valor a la experiencia de Hidalgo, y a la de otros europeos que en esos años visitaron Rusia y escribieron sus impresiones², es la sorprendente naturalidad y el asombro con el que contempló el experimento social del que creía ser testigo. La conciencia de estar en permanente diálogo con el “otro”, un “otro” frente al “nosotros”, y también a la convicción de que Rusia había roto amarras con cualquier orden conocido y se alejaba en dirección sorprendente. “Este pueblo singular está sometido a normas de ensayo de una nueva civilización”.

¹ El libro de Diego Hidalgo, *Un notario español en Rusia*, se publicó en Madrid en 1929. Las notas que siguen corresponden a la edición de Alianza Editorial de 1985.

² En España se publicaron en los años veinte libros de viaje a la Rusia soviética. Destacaría el de Rodolfo Llopis (*Cómo se forja un pueblo. La Rusia que yo he visto*. Madrid, 1929) y el de Julio Álvarez del Vayo (*La nueva Rusia*, Madrid, 1926).

Moscú lo sorprendió con su vida normal, que la gente comiera en restaurantes, viajara en tranvía, trabajara en oficinas o se tumbara en los parques. Pero, igual que le sucedería a H.G.Wells cinco años mas tarde, también para Hidalgo su mayor choque fue observar a la juventud soviética, a la nueva generación educada ya en los valores de la república de los soviets, que según él era el principal producto del nuevo modelo. “La juventud trae ya un bagaje espiritual confeccionado y elaborado dentro del nuevo orden social que dará al traste con el pasado y hará evolucionar al país hacia derroteros desconocidos e insospechados”³. Similar era la observación del diplomático norteamericano G. Kennan, inspirador posterior de la teoría de la contención en los años de la guerra fría, que en 1932 enviaba el siguiente cable a Washington: “Los jóvenes se muestran extremadamente entusiastas y felices, como solo puede ocurrir en seres humanos dedicados a tareas que no tienen ninguna relación con la vida personal. Se puede hablar de ilimitada confianza en sí mismos, salud mental y felicidad de la joven generación rusa”.

A Hidalgo le desconcertaba la juventud de los cuadros dirigentes, la animosidad con que se referían al futuro, la informalidad de la vestimenta, la frugalidad de sus vidas, el trato llano e igualitario entre las gentes. Y le sorprendía que en todos los niveles de la administración estatal la mayoría de funcionarios no fueran comunistas, o incluso hubieran sido anteriormente notorios miembros de las “clases del pasado”. “Aquí se echa mano para ocupar un cargo, no del que pertenece al partido, sino del que reúne condiciones para ejercerlo. No piden abdicación de ideales, ni profesión de fe política, sólo piden competencia y lealtad”.

Según intuía, Rusia era un gran solar en el que el edificio ruinoso había sido demolido:

Los bolcheviques después de terminar su derribo y de arrojar fuera los materiales inservibles han echado los cimientos, han levantado los muros y tienen ya, no hay más remedio que confesarlo, cubierto el primer piso sin auxilio de nadie. ¿Cuál es mi opinión sincera? Que levantarán el edificio. No sé cómo, pero estas gentes inspiran fe. El bolchevismo no es ya el joven inexperto, es el viejo curtido por la experiencia y que sabe donde le aprieta el zapato. De joven manejó las armas y venció.

³ Hidalgo, D. p.199

El notario extremeño desconocía, por supuesto, que justo en las semanas de su estancia en Moscú se estaban ultimando los detalles de un colosal plan de futuro que iba a generar una aceleración sin precedentes en la transformación del país. Tampoco tenía conocimiento minucioso del gigantesco choque de trenes que se había producido hacía un año en el interior del Partido Comunista, aunque sabía que Trotsky y sus aliados habían perdido y ya no contaban con la adhesión de la mayoría. De cualquier modo, Hidalgo fue testigo, y así lo registró, de entrevistas y conversaciones informales con gentes diversas que todavía mostraban variados criterios políticos, muchos de ellos en sintonía con la oposición interna, convertida ahora en minoría. Curioso el comentario de una anciana en la parada del tranvía: “Esto está mal, no se ha hecho nada en diez años. Nuestro sacrificio ha sido inútil, cada vez hay mas *nepmans*, mas *kulaks*. No dí yo a mis hijos para esto, me fusilaron a tres. Vuelve a haber ricos y han echado a Trotsky que era el bueno, era el mejor. Pero todavía no pierdo la esperanza y volverá para salvar la revolución que él trajo y que en manos de los malos está a punto de fracasar”.

Al igual que para la opinión europea, también para Hidalgo resultaba incomprensible por qué los más notorios iconos vivos de la revolución, Trotsky, Zinóviev y Kámenev, ya no contaban en la nueva dirección de la república, simplemente habían desaparecido de circulación. Una anécdota ilustrativa refiere un casual y fugaz encuentro callejero con Grigory Zinóviev, el otrora íntimo de Lenin, presidente de la Internacional Comunista con extensos contactos mundiales y, durante una década, virrey de Leningrado:

Al atravesar una plaza nos hemos encontrado con Zinóviev, para quien traía una carta de presentación que me aconsejaron no utilizar. Hoy anda solo, olvidado al parecer, confundido entre los viandantes, quien un día bien cercano fue uno de los árbitros de Rusia. Iba vestido de traje verdoso y gorra de plato del mismo color, como un transeúnte cualquiera, este hombre amigo íntimo de Lenin, que en los momentos culminantes de la revolución de octubre ostentaba el cargo de presidente del soviet de Leningrado. Hoy trabaja en una granja y su trato contagia, pues no goza de la confianza de los árbitros del Comité Ejecutivo.

Curiosamente, en las 216 páginas del libro no aparece ni una sola vez el nombre de Stalin, aunque aparezcan docenas de otros personajes. En 1928, Hidalgo realmente no sabía quién mandaba en el país. Se refiere a comités, a instituciones soviéticas emboscadas en siglas para él indescifrables, pero está perdido en las identificaciones y por supuesto desconoce, como la gran mayoría de rusos y

Europeos de esa época, la relevancia que ya había adquirido Stalin. Intuye que detrás del “gran proyecto” hay alguien, pero no alcanza a identificarlo. “La república de los soviets es un gobierno acéfalo, que no tiene representación en una persona determinada y que sin embargo da tantas veces la sensación de ser obra, no de unos hombres, sino de un hombre”⁴.

En los días de su visita, la vida de los moscovitas le pareció a Hidalgo normalizada, la Nueva Política Económica había acabado con las hambrunas. Y los años del gran vértigo y la sangre, aunque habían marcado a la gente, eran ya cosa del pasado.

EL CAOS Y EL LOCO

En el momento de su fundación, la república de los soviets, nacida en las memorables jornadas de octubre, había resultado ser la única vía de escape para sobrevivir a la gran catástrofe. La implosión de la autocracia zarista en febrero, al colapsar los ejes de dominio sobre los que gerenciaba su absoluto y férreo poder, resquebrajó el subsuelo de la nación, emergiendo por entre sus grietas un vendaval de destrucción y ajuste de cuentas. En pocas semanas, siglos de resentimiento callado estallaron en nihilismo ciego. El mito de la revolución de febrero como benévolo e incruento episodio, cortesano y gentil, que pudiera haber abierto la puerta a una democracia parlamentaria, es simplemente una falacia ideológicamente interesada: un Kerensky comprensible y europeo, frente a un Lenin radical y asiaticado.

Los datos sobre la marea de sangre estaban ahí, no era necesario esperar a que una reciente generación de historiadores (O. Figes, N. Werth, Harris, o J. Casanova, por citar aleatoriamente) le diera un nuevo sentido a lo ocurrido entre febrero y octubre. Werth lo resume lapidariamente: “fue un periodo de brutalidad y violencia sin posible comparación con lo conocido en las sociedades occidentales”. Devastadores *pogromos* se ensañaron con la comunidad judía rusa, con especial incidencia en Ucrania. El informe de una organización judía en 1920 cifraba en 150.000 los muertos documentados y en otros tantos los heridos y mutilados⁵.

⁴ Las citas anteriores del libro de Hidalgo corresponden a las páginas 157,199, 175, 113, 198 y 160.

⁵ Figes, O. *La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*. Edhasa, Barcelona 2000. Pag. 814

Hubo testigos de los hechos que dejaron constancia escrita de lo que estaba sucediendo esos meses, como la historia de Sujánov, sólo conocida fragmentariamente en occidente, las crónicas de J. Reed desde Petrogrado que tuvieron gran difusión en los Estados Unidos y Europa, o los apasionantes relatos de V. Serge sobre el primer año de la revolución. O testimonios poco conocidos, pero de inmenso valor, como los de la escritora gallega Sofía Casanova que, desde Petrogrado, mandaba sus crónicas al diario ABC de Madrid. La señora Casanova, mujer cultivada del círculo de Emilia Pardo Bazán, se había casado con un aristócrata polaco y residía desde hacía años en el imperio ruso. En 1917 vivía en Petrogrado y en los meses posteriores a febrero se mostraba aterrada por la violencia que dominaba la ciudad. La ciudad y los campos:

La criminalidad impune y la anarquía incendiaria y destructora de Rusia es el testimonio convincente del fracaso de su infantil democracia. Rusia no se democratiza, se envilece. Los desertores de los frentes, en bandas furiosas de hambre y desnudez entran en los pueblos, que saquean, incendian, llevándose el botín y las mujeres que han mancillado a las selvas donde la orgía termina. Cuando la hartura acaba se lanzan a las aldeas cuyas cabañas asaltan, asesinando a los campesinos y prendiendo fuego a sus depósitos de trigo. Sobre cadáveres y rescoldos pasan los destructores a las ciudades, donde convergen con otros bandos para el *pogromo* mayor. El bandidaje se extiende por toda Rusia, y lejos y cerca de las capitales se asaltan los trenes después de detenerlos a tiros o descarrillarlos, registrando a los muertos y rematando a los heridos. En algunas rutas los forajidos se apoderan de los trenes ambulancias, matan al personal sanitario y obligan al maquinista a seguir viaje, hasta que el choque con otro tren aumenta la catástrofe. Se dispersan por regiones estas gavillas furiosas propagando el rito de la sangre, estos seres primitivos a quienes el despotismo bárbaro deshumanizó a propósito⁶.

Sofía Casanova no era exactamente una corresponsal, era una escritora que providencialmente presenciaba acontecimientos que iban a cambiar Rusia. Liberal y al tiempo cercana a burgueses y aristócratas, entre los cuales vivía, sus crónicas demuestran intuición y juicios sobre el futuro que el tiempo se encargaría de confirmar. Sobre el gobierno de Kerensky, dudaba de su capacidad para poner orden, mas allá de estar en permanente mitin y exhibición perpétua. Y los bolcheviques, especialmente Lenin y Trotsky, le llaman poderosamente la

⁶ Casanova, S. *La Revolución Bolchevista* (edición y notas de M.V. Lòpez-Cordón). Castalia, Madrid, 1990, pag.131.

atención e intuye que esa gente tiene una gran misión y la va a cumplir. “Esos hombres oscuros, desterrados de su país a perpetuidad, o de por vida condenados en Siberia, han vuelto a su patria y se han adueñado de ella. Los acompañan y los guardan millones de los hambrientos y apaleados hombres de ayer. Y lanzan al mundo un evangelio de idealismo humanitario y de perturbadora demagogia”⁷. Cuando, tras la toma del poder por los soviets en octubre, Lenin y los Comisarios del Pueblo se instalan en el Smolny y comienzan a gobernar, Casanova está lejos de compartir las ilusiones de su entorno burgués sobre el inminente final de la aventura bolchevique. “Los idiotas que me aseguraron que los bolcheviques son unos cobardes y que cuatro tiros los harían someterse, se engañaron y se engañarán en lo que les quede de vida”⁸. En febrero de 1918 escribe “Lenin, Trotsky y sus camaradas están cumpliendo su programa de radicalismos, y cada decreto suyo es un golpe de piqueta que abate las alturas y deshace los cimientos de la Rusia férrea. Los políticos de la primera revolución (febrero) disimulaban sus vacilaciones con la verbosidad chorreante de sus discursos en los soviets y asambleas continuas. Los vencedores de Kerensky hablan menos que él, se prodigan menos, y en su antro del instituto Smolny decretan audaz e inflexiblemente, demoliendo leyes, costumbres y tradiciones. Renovador del mundo creen estos doctrinarios rojos su credo, y no se les puede negar consecuencia en sus acciones. De un plumazo ha suprimido Lenin los títulos y las jerarquías sociales”⁹.

En los meses que siguieron a febrero, Lenin había tenido que emplearse a fondo para convencer a sus compañeros de que el caos y la ingobernabilidad en Rusia eran la ventana de oportunidad, tanto tiempo esperada, para tomar el poder. De la inmensa producción escrita por Lenin, no hay ninguna, a mi juicio, que haya tenido tanto impacto, táctico y estratégico, como sus dos opúsculos escritos en marzo y abril. Y ambos de no más de diez páginas. En *Cartas desde lejos*, escritas en Zúrich antes de viajar a Rusia, Lenin señala que la revolución de febrero no es la conclusión de nada sino el principio de la revolución proletaria en Rusia y en el mundo. Que como eslabón débil del imperialismo mundial, Rusia anticipa lo que inevitablemente ocurrirá en Alemania. Que el proletariado ruso es el más radical y revolucionario de Europa dado el intenso aprendizaje que supuso la revolución de 1905 (no olvidar que la creación de los soviets nace ahí). Y que inevitablemente, dada su posición de inmensa minoría demográfica, la clase obrera deberá tener como aliada a la masa campesina. La apuesta de Lenin por un

⁷ Ibid., 120.

⁸ Ibid., 96.

⁹ Ibid., 156.

nuevo bloque histórico obrero-campesino rompía con el marxismo político ruso (Plejanov, Dan, Martov, etc.) y abría un cisma, tanto interpretativo como estratégico. Según el académico S. Kara-Murzá, la síntesis leninista de comunismo agrario ruso y marxismo europeo era en esencia un ensamblaje de eslavofilia y occidentalismo¹⁰. Lenin insiste que la revolución proletaria en Rusia no resistirá mucho tiempo sin el estallido de la revolución internacional y anima a sus camaradas a ser audaces y desenmascarar al gobierno provisional, al que considera una quimera y lo describe como una banda de banqueros y zaristas dirigidos por la música celestial de la balalaika de Kerensky. Negarle cualquier sustento y prepararse para algo grande. Además de dejar claro que ese gobierno no tiene poder sobre nada que vaya más allá de Petrogrado o Moscú. Es decir, que a Rusia la dirige un gobierno fantasma.

En las *Tesis de abril*, expresadas como discurso recién llegado del exilio, Lenin va mas allá y propone algo que conmueve los cimientos de sus propios compañeros. Primero, Rusia está preparada para la revolución socialista, que tendrá que ser obrera y campesina. Segundo, existe un nuevo instrumento de representación popular que es distinto y antagónico al liberalismo parlamentario, los soviets, que en estos meses de violencia y desgobierno están demostrando ser verdaderos instrumentos de poder, cada vez con mayor adhesión y popularidad. Y ahí introduce el viraje estratégico: de mantener la tesis de que los soviets presionaran e influenciaran en el gobierno provisional para modelar sus políticas en torno a la paz, pasa a la consigna radical de “todo el poder a los soviets”. La consigna de Lenin descoloca a la mayoría de cuadros bolcheviques, que veían en la profundización y mejora del sistema parlamentario el cumplimiento de la ortodoxia marxista sobre las fases del desarrollo histórico. De momento Lenin queda en minoría en el Comité Central del partido y es sometido a un fuerte vapuleo en el periódico del partido, *Pravda*, por parte de compañeros cercanos como Zinoviev y Kámenev. Hasta el propio Stalin reconocería años después que tardó varias semanas en asumir el viraje que proponía Lenin¹¹. En los meses siguientes, los escépticos acabaron volviendo al redil de la apuesta leninista, sobre todo cuando la celebración del primer Congreso Panruso de los Soviets en julio, demostró la gran movilización electoral que se había creado en todo el imperio para mandar a sus representantes de delegados-diputados. De ese

¹⁰ Cfr en este numero de *Sociología Histórica*, Kara-Murzá, S. “Saber, pensamiento y metodología en los bolcheviques”.

¹¹ “Trotskismo o leninismo”, en Stalin, *Obras Completas*. Tomo VI. Progreso, Moscú 1953, pp. 113-124.

congreso Lenin recibió otra enseñanza: que había sido estúpida la convocatoria de una insurrección revolucionaria, apoyada por algunos de sus compañeros, a finales de julio, cuando en el Congreso Panruso había triunfado una mayoría no bolchevique. La toma del poder tendría que esperar hasta que en el próximo congreso, señalado para octubre, los bolcheviques se hicieran con la mayoría de los delegados.

En este océano de confusión Lenin alumbraba, con luces largas, lo que los demás todavía no veían. Máximo Gorki, que había tenido con él una relación compleja desde los tiempos de Capri, tardó años en calibrar la locura de Lenin y su recorrido. En una carta de 1928 a la revista *Europa*, que él editaba, escribía:

En estas líneas trato de un hombre que ha tenido la audacia de comenzar el proceso de la revolución mundial en un país en el que gran número de ciudadanos quieren hacerse repugnantes burgueses y nada más. Tal audacia la miran muchos como una locura. Yo he empezado mi trabajo de instigador del espíritu revolucionario por un himno a la locura de los bravos. Hubo un tiempo en que una piedad natural por el pueblo ruso me había hecho considerar esta locura como un crimen; pero ahora, que veo que ese pueblo sabe mejor sufrir con paciencia que trabajar consciente y honradamente, canto de nuevo un himno a la locura sagrada de los bravos. Y entre ellos Vladimir Lenin es el primero y el más loco.

Esta locura de Lenin, que abrió atajos en la acción política, también fue interpretada por A. Gramsci como proceso liberatorio del canon mecanicista. Y en su conocido artículo *La revolución contra Das Kapital*, el intelectual sardo entendía que Lenin y los bolcheviques habían dado un acelerón a la historia. Tanto en lo que se refería a Rusia como en la apertura de un nuevo paradigma en la revolución social internacional.

La prensa internacional se ensañaba esos días con Lenin, y los bolcheviques, describiéndolos como “maximalistas”, “pacifistas radicales”, “destructores del orden” o “asiáticos salvajes”¹². Pero una cosa eran los deseos de los poderes internacionales y otra la creciente adhesión que en las clases subalternas rusas iba generando el “radicalismo leninista”. ¿Lenin radical o el mejor intérprete del *tempus* ruso? “Lo que dice Lenin es justamente lo que yo tengo necesidad de escuchar, y como yo todas las gentes sencillas”, era la frase más oída esos días en

¹² Para el caso español es ilustrativo visitar la hemeroteca de ABC correspondiente al otoño e invierno de 1917.

Petrogrado, según las crónicas de J. Reed, S. Casanova o Álvarez de Vayo. Estos corresponsales describían la popularidad de las consignas leninistas y cómo los bolcheviques estaban dejando sin suelo al resto de las fracciones insurgentes (Social Revolucionarios y Mencheviques), al haber fundido en su programa los reclamos de las diversas corrientes emancipatorias: “paz ya”, “reparto de tierras” y “poder popular”. Un dirigente social revolucionario se quejaba amargamente a Reed de que “los bolcheviques nos han usurpado nuestro decreto sobre la tierra”. Aunque se consolaba con una ilusión: “El pueblo sabrá quienes son los auténticos”.

En un reciente ensayo el historiador Julián Casanova ha señalado, al igual que describió O. Figes hace años, que en realidad, lo que conocemos como revolución rusa fue la confluencia en el tiempo de múltiples revoluciones¹³. Obreros constituyendo consejos y apoderándose de la dirección de las fábricas, campesinos ocupando fincas y repartiéndoselas, soldados fusilando a oficiales y asumiendo los mandos, nacionalidades periféricas ajustando cuentas con sus liderazgos vicarios al servicio del zarismo, vanguardias artísticas fabricando sus locuras creativas, pedagogos haciendo de Rusia una gigantesca escuela, comunitaristas practicando los sueños del amor libre, la paternidad colectiva y la desposesión material, o teóricos de la economía apostando por un mundo sin dinero.

Hay que imaginarse en el invierno 1917/18 a toda Rusia transformada en asamblea y decidiendo que rumbo tomar¹⁴, donde el trato se había nivelado sin las serviles cortesías de antaño y en el que todos eran “camaradas”. Para una población sometida desde siglos al servilismo degradante de un despotismo de látigo, la crisis de deferencia que supuso la revolución y el nuevo paradigma de reconocimiento (Hegel) que empoderó a las clases subalternas fue quizá el termómetro que marcaba el nacimiento irreversible de un nuevo tiempo.

Desde el minuto uno de vida de la república soviética la obsesión de Lenin y los bolcheviques fue preservar la revolución y sobrevivir a cómo diera lugar, esperando, como lo hicieron durante todo 1918, que el estallido de la revolución alemana les diera un respiro. En su informe al III Congreso de los Soviets, a fines de enero, Lenin reconocía que “las cosas resultaron de un modo distinto a como

¹³ Casanova, J. “Viejos y nuevos relatos sobre la revolución de 1917”, en *Historia Social*, 86, 2017.

¹⁴ John Reed describe, por ejemplo, una asamblea en el cuartel de blindados de Petrogrado en el que el bolchevique Krylenko logra convencer a los soldados de respaldar la toma del poder.

las esperaban Marx y Engels, concediendo a Rusia el honroso papel de iniciar la revolución socialista internacional¹⁵. Y si la Comuna de París había sobrevivido 70 días, ellos ya la sobrepasaban en 10 y la república de los soviets, ya consolidada, era irreversible. En este discurso, Lenin exagera el subjetivismo heroico: “los bolcheviques no somos gentes a quienes intimiden las grandes batallas”. Da por hecho que ganarán la guerra civil en un momento en el que la geografía rusa está en llamas y todo parece perdido. Explica que la etapa que se abre, la “dictadura del proletariado”, no es una invención personal sino la interpretación literal del pensamiento de Marx y Engels en torno al gradualismo histórico. Y señala la inevitabilidad de abordar dos cuestiones que, como se verá, harán de ese año un periodo de conflictos internos que sellarían el fin de la inocencia revolucionaria: de un lado, la construcción de un nuevo Estado y, de otro, la paz inmediata y sin condiciones con el Imperio Alemán.

¿Cómo edificar un Estado, aunque fuera obrero y campesino, si hacía cinco meses Lenin había escrito *El Estado y la Revolución*, en el que apostaba por su desaparición? Una vez más la excepcionalidad de la revolución bolchevique y el instinto de preservar la conseguida impusieron su camisa de fuerza. En las primeras semanas tras la toma del poder, el nuevo gobierno, incapaz de hacer frente a una huelga masiva de funcionarios ministeriales, telegrafistas, ferroviarios, maestros, trabajadores de banca, etc. que se oponían a un gobierno monocolor del partido bolchevique, acepta prácticamente en su totalidad las condiciones de los huelguistas¹⁶. Una decisión desesperada para evitar de momento el colapso del país, pero que iba a ser una carga de profundidad en el futuro. Aprovechase del armazón institucional del zarismo fue una solución de emergencia ante la carencia de personal de recambio. Años después Lenin descargaría buena parte de la responsabilidad en la deriva burocratizante de la administración soviética en esa decisión inicial. “Estábamos asustados, teníamos que rogar a los funcionarios que volvieran a sus puestos. Todos volvieron y esta ha sido nuestra desgracia. Hoy poseemos una enorme masa de funcionarios pero no disponemos de elementos con suficiente instrucción para poder dirigirlos de verdad¹⁷. Desde el punto de vista táctico este fue el nodo de ruptura, sin retorno,

¹⁵ Lenin, Informe al III Congreso de los Soviets, enero 1919. *Obras Escogidas*, tomo III, pp. 303-310. Editorial Progreso, Moscú, 1961.

¹⁶ S.Casanova anotaba “el personal de los ministerios, de los bancos y de cuantas instituciones representan la nación y su funcionamiento jerárquico, se han declarado en huelga, como protesta contra Lenin y sus compañeros”. Op. cit., 110.

¹⁷ Lenin, Discurso al IV Congreso de la Internacional Comunista, noviembre 1922.

con el universo del anarquismo ruso y con buena parte de los social revolucionarios, hasta conducirlos a la oposición armada.

Por otra parte las negociaciones de paz con Alemania en Brest-Litov, que llevaban tres meses estancadas, habían roto al partido bolchevique. De un lado el “animalesco” instinto de supervivencia de Lenin, dispuesto a ceder en el tratado territorios del antiguo imperio: Polonia, más de la mitad de Ucrania con Crimea incluida, Finlandia y las repúblicas bálticas. Del otro los que consideraban que el tratado era una renuncia a la insurrección mundial y un enrocamiento derrotista, como denunciaba Nicolai Bujarin. Por su parte Trotsky, jefe de la delegación soviética, con su táctica de “ni guerra ni paz” tenía exasperado a Lenin con sus dilaciones y el recurso a dar largas, esperando la insurrección obrera en Alemania. La polémica entre fracciones fue durísima, Bujarin se lamentaba de que el partido se estaba convirtiendo en un “montón de estiércol” y proponía la destitución temporal de Lenin. Aunque el tratado se firmó finalmente el 3 de marzo, las heridas internas, probablemente, jamás fueron curadas, siendo la primera vez que emergían discrepancias estratégicas de fondo en la dirección bolchevique. Fue el comienzo de una larga historia de desencuentros, resueltos, posteriormente, de manera trágica.

Si las fracciones bolcheviques, dado su legendario carácter de militantes duros y profesionales, acabaron aceptando mal que bien la firma de Brest-Litov, el partido Social Revolucionario, hasta ese momento aliado implícito de los bolcheviques, rompió con ellos y pasó a la oposición frontal y progresivamente al terror, una práctica rusa de larga tradición en los grupos insurgentes contra el zarismo. Para dar motivos a Alemania para declarar la guerra a los soviets, asesinaron a su embajador en Moscú, conde Mirbach¹⁸. Por esos mismos días asesinaron a dos miembros del Comité Central bolchevique, M. Uritsky y V. Volodarsky, (curiosamente ambos se habían opuesto a la firma del tratado de paz) y la militante *eserista* F. Kaplan disparó a Lenin dejándolo malherido el 30 de agosto. Estos asesinatos, en el contexto de una guerra civil ya generalizada y con la intervención directa de una galaxia de países occidentales en suelo ruso, generó un choque de inseguridad en la dirección bolchevique. Trotsky en un

¹⁸ El asesino de Mirbach, Y. Blumkin, era un *eserista* de izquierda, agente de la Checa. Durante las purgas de los años treinta, cuando fueron detenidos y fusilados notorios dirigentes de la NKVD, entre ellos ni más ni menos que sus dos máximos dirigentes (E.Yagoda y N. Yezhov) se echaba mano al caso Blumkin para justificar que el enemigo era muy hábil para infiltrarse en los servicios de seguridad, incluso acceder a su jefatura máxima.

artículo publicado en *Pravda* se refería a una verdadera revuelta emprendida por el Partido Social Revolucionario, que los bolcheviques estaban extirpando sin contemplaciones. Ello suponía el fin de la complacencia y la entrada a un tiempo gobernado por el embrutecimiento y la violencia: o ellos o nosotros¹⁹.

Resultaba paradójico, aunque quizá no lo sea tanto, que fuera en esta etapa de hierro que ahora se abría, cuando una multitud de pulsiones creativas emergieron en conflicto buscando construir una nueva Rusia y una nueva humanidad. Anatoly Lunacharsky, viejo exiliado, amigo de Lenin y Gorki y prolífico escritor, nombrado Comisario para la educación y las artes, intentaba poner orden entre quienes, por una parte, apostaban por demoler todo lo conocido en el ámbito de la educación y la creación artística, es decir los que buscaban instalar las vanguardias como canon del nuevo tiempo y llevar las escuelas a la calle y, por otra, quienes pensaban que el pueblo necesitaba primero, simplemente, saber leer²⁰. Maiakovsky escribía su famoso poema *Es demasiado pronto para alegrarnos*: “Habéis disparado contra los guardias blancos, pero ¿y Rafael? ¿Por qué os olvidáis de Rafael? Ya es tiempo de que las balas de nuestros cañones, derriben los muros de los museos. Fuego contra las antiguallas veneradas como íconos. Sembrad la muerte en el campo enemigo [...] Habéis disparado contra los guardias blancos. ¿Y por qué no hacerlo también contra Pushkin y los otros generales clásicos?” Lunacharsky respondía en una carta al dramaturgo V. Meyerhold “resulta más fácil destruir una vieja cultura que edificar una nueva. Los obreros no han tenido todavía ocasión de conocer eso que vosotros llamáis cultura clásica, y si la destruimos, es posible que un día pudieran muy bien pedirnos cuentas por ello”. Una febril competencia enfrentaba a los diferentes grupos, el Frente del Arte de Izquierda, Cultura Proletaria (Proletkult) u Oktiabr. Mientras Cultura Proletaria definía como arte revolucionario aquel que “reflejase” el gusto de las masas obreras y campesinas recién alfabetizadas y que transmitiera un definido mensaje político, los futuristas arremetían contra esta postura y defendían la inescindible ligazón entre contenido y forma. Ilyá Ehrenburg, por aquel tiempo instalado en París, evocaba el febril estado de ansiedad en que vivía la comunidad artística rusa en el exilio, observando el inmenso happening creativo que según ellos se estaba

¹⁹ L. Trotsky “La liquidación de la revuelta”, 8 de julio 1918. Para consultar los escritos de Trotsky, a falta de una edición completa de su obra editada en español, he utilizado: marxists.org/espanol/trotsky/indice.htm#1939

²⁰ Sobre la época de Lunacharsky al frente del Narconmpros (Comisariado del Pueblo para la Educación y las artes, cfr. Fitzpatrick, S. *Lunacharsky y la organización soviética de la educación y de las artes*. Siglo XXI, Madrid, 1977.

viviendo en Rusia. ¿Volvemos o no?, era la pregunta que todos los vagabundos rusos se hacían en París, Zurich o Berlín. Pero el happening tenía fecha de caducidad y la fiesta llegaba a su fin: menos Kandinsky y más Polytechnikum. Años después evocaría el cineasta S. Eisenstein “los artistas nos divertimos mucho en ese tiempo, pero aquello era demasiado bueno para durar”.

Educar a una nación de analfabetos, poner a funcionar las escuelas y crear una red gigante de universidades para formar a la clase obrera en disciplinas técnicas requería algo más que los sueños de Maiakovsky. Como más adelante comentara un alto funcionario al filósofo Isaiah Berlin, “difundir en la barbarie los elementos de la civilización, creando una escuela de 200 millones de alumnos no podía conseguirse con la amabilidad”.²¹

EL REPLIEGUE

El asesinato en Berlín de Rosa Luxemburg junto a Liebknecht en enero de 1919 fue un mazazo estratégico y simbólico. Estratégico, porque dejaba a la insurgencia obrera alemana sin cabeza. Y simbólico porque mandaba un mensaje al mundo y a los rusos: mientras Luxemburg había muerto, Lenin seguía vivo liderando un proyecto. Resultaba paradójico para los comunistas del mundo que la historia le estuviera dando la razón a Karl Berstein, el inspirador del revisionismo alemán, que llevaba 20 advirtiendo sobre la pérdida de vigor revolucionario de la clase obrera alemana, consecuencia de su integración a través del bienestar y el consumo. No era solo que los dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán se hubieran “vendido” al adversario y se conformaran con dirigir una gigantesca maquinaria política y sindical muy bien adaptada al régimen liberal parlamentario. La clave residía en el formidable proceso de control hegemónico exitoso que las élites germanas habían desplegado desde la unificación bismarckiana. Mediante el control de los medios de comunicación, de las concesiones sociales, del pleno empleo y de una sabia dosificación de esencialismo germano, las masas obreras habían acabado por gravitar tanto más al nacionalismo étnico que al socialismo internacionalista. La decisión en agosto de 1914 de votar en el Reichstag los créditos de guerra no fue la elección arbitraria de una dirección socialista “vendida”, respondía a una lógica de chovinización que había traspasado al pueblo alemán, mas allá del status social. Ese día el socialismo alemán dejó de ser el referente del socialismo internacional.

²¹ Berlin, I. *La mentalidad soviética. La cultura rusa bajo el comunismo*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009, p. 169.

La derrota de la revolución alemana, el corto recorrido de Bela Kun y la republica soviética húngara ese mismo año, el fracaso de la experiencia *consigliata* en Italia en los años del *biennio rosso* (1919/21) y la reticencia de las organizaciones obreras en Francia hacia la vía insurgente, mostraron a los bolcheviques una amarga realidad: estaban solos. La fundación, en marzo de 1919, de la Internacional Comunista no dejó de ser un placebo de consuelo, esencialmente propagandístico, con escasa capacidad de influir en el curso de la historia en los siguientes años. Quien oyera con atención y leyera entre líneas entendería que en su discurso al IV Congreso de la Internacional (noviembre 1922), Lenin estaba señalando las líneas de un repliegue estratégico. No habló de la revolución mundial sino de la especificidad de la vía rusa, y dada esa especificidad aconsejaba a los partidos comunistas, que en esos días surgían como hongos en todas las naciones del mundo, que desarrollaran su propio modelo y no se rusificaran. Es decir, que la vía rusa al socialismo era una singularidad no exportable.

Precisamente, en el que fuera último escrito de su vida, un artículo publicado en *Pravda* el 4 de marzo de 1923 titulado “Más vale menos pero mejor”, Lenin daba por hecha la soledad del trayecto ruso y asumía que no solo era posible, sino que para los comunistas rusos era un imperativo explorar la vía del socialismo en un solo país. La guerra civil, que ahora acababa, se había saldado con la victoria bolchevique y el reto inmediato era dar un respiro a la gente, dar de comer al pueblo y construir un Estado. Gracias a los dos años de ensayo de la Nueva Política Económica, concebida como alianza con Satanás, las hambrunas se habían superado, pero el edificio político era, según Lenin, un desastre plagado de deficiencias. A su juicio los bolcheviques habían demostrado que eran formidables organizadores y habían sabido entusiasmar al pueblo para imponerse en la guerra civil, pero como administradores eran pésimos. No habían sido capaces de generar cuadros competentes y la clase obrera no estaba preparada todavía para producir dirigentes eficaces con los que pilotar en todos los niveles el nuevo Estado. Este artículo de Lenin era un llamado a la eficacia mediante el estudio y el aprendizaje de los errores y concluía invitando a aprender de Francia e Inglaterra cómo construir una administración pública eficaz. Resultaba una verdadera sorpresa que Lenin, el autor de *El Estado y la Revolución*, escrito en la víspera de Octubre, el sepulturero del Estado, llamara ahora a imitar la eficaz construcción administrativa de Francia e Inglaterra.

Para buena parte de la hermenéutica marxista, tanto de la época como posterior, este quiebre epistémico de Lenin habría sido motivado por imperativos de la coyuntura histórica y respondería pues a la excepcional situación de soledad de

la revolución en Rusia. Pero conviene retomar miradas de más longitud, como las que nos plantean Karl Korsch y Anton Pannekoek. Korsch, en su revelador ensayo *Diez tesis sobre el marxismo hoy*, indica que en la trayectoria teórica de Lenin (desde su libro seminal *El desarrollo del capitalismo en Rusia*) su mirada sobre la revolución rusa y mundial, había estado siempre subordinada a las condiciones económicas y políticas poco desarrolladas de Alemania y de los demás países de la Europa central y oriental, en las que la construcción de un estado poderoso era el eje de articulación. Ello unido a la incondicional adhesión de Lenin a las formas políticas de la revolución burguesa y a la visualización de la situación económica avanzada de Inglaterra como modelo para el desarrollo futuro de todos los países y como condición objetiva preliminar de la transición al socialismo. La sobrestimación de la importancia del Estado como instrumento decisivo de la revolución social y la identificación mística del desarrollo de la economía capitalista con el asalto al poder de la clase obrera.

Por su parte, Anton Pannekoek, teórico del consejismo holandés y en buena medida alejado del rumbo político de la experiencia soviética, iba más allá. Escribía en su ensayo *Lenin filósofo: consideraciones críticas sobre los fundamentos filosóficos del leninismo* (tiene especial interés el capítulo VIII, “La revolución rusa”)²² que Lenin siempre había sido una singularidad en el marxismo ruso y europeo. En esencia era un revolucionario ruso, solo circunstancialmente conectado a Marx a través de su teoría sobre el evolucionismo social, y que al igual que los teóricos burgueses rusos Stuvre y Tugan-Baranowsky se reconocía marxista sólo por la doctrina del evolucionismo. Plejánov, por ejemplo, habría sufrido menos que Lenin la influencia exclusiva de las condiciones rusas y por tanto estaba más conectado a la dogmática marxiana. El hecho de que el capitalismo en Rusia naciera como capitalismo colonial, sin burguesía nativa y que el capitalismo financiero internacional abrumara a través de préstamos al zarismo y éste hiciera caer las cargas al campesinado, condenándolo a pagar gravosos impuestos, habría generado una “condición objetiva” revolucionaria en la que todas las clases sociales tenderían a liberarse del yugo.

Por el contrario, Lenin debía apoyarse en la clase obrera, y como necesitaba proseguir un combate implacable y radical, adoptó la ideología más extremista, la del proletariado occidental que combatía al capitalismo mundial: el marxismo. No obstante, dado que la revolución rusa presentaba un carácter doble -revolución burguesa en cuanto a sus objetivos inmediatos,

²² Publicado en Amsterdam en 1938. Hay edición española, Ed. Ayuso, Madrid, 1976

revolución proletaria en cuanto a las fuerzas activas- la teoría bolchevique debía ser adaptada a estos dos fines, beber, por consiguiente, sus principios filosóficos en el materialismo burgués (*Materialismo y empiriocriticismo*), y su teoría de la lucha de clases en el evolucionismo proletario. Esta mezcla recibió el nombre de marxismo. Pero está claro que el marxismo de Lenin, determinado por la situación particular de Rusia frente al capitalismo, difería de manera fundamental del marxismo de Europa occidental. Según una opinión muy extendida, el partido bolchevique era marxista, y es sólo por razones prácticas por lo que Lenin, ese gran sabio y líder marxista, dio a la revolución rusa una orientación que apenas correspondía a lo que los obreros de Occidente llamaban comunismo, probando de esta suerte su realismo, su lucidez de marxista. Frente a la política de Rusia y del Partido Comunista, una corriente crítica se esfuerza mucho en oponer al despotismo propio del Estado ruso actual - llamado estalinismo - los "verdaderos" principios marxistas de Lenin y del viejo bolchevismo. Pero se equivoca, [no sólo porque Lenin fue el primero en aplicar esta política,] sino también porque su pretendido marxismo era simplemente una leyenda. En efecto, Lenin ha ignorado siempre lo que es el marxismo real. Nada más comprensible. Él no conocía del capitalismo más que su forma colonial: no concebía la revolución social más que como la liquidación de la gran propiedad de la tierra y del despotismo zarista. No se puede reprochar al bolchevismo ruso haber abandonado el marxismo, por la sencilla razón de que jamás ha sido marxista²³.

¿Qué resultaba ser, para Pannekoek, la experiencia soviética? Un proyecto nacido de una revolución antiimperialista que había puesto en marcha un acelerado desarrollo económico social para quemar fases históricas y que al nutrirse tanto de occidentalismo como de comunitarismo ruso resultaba una singularidad radicalmente historicista, en realidad una suerte de nacional bolchevismo. En su visita de 1927 a Moscú, W. Benjamin percibía el fuerte sentido nacional que el bolchevismo había desarrollado en todos los rusos sin distinción. Y Gramsci ya intuía en 1926 que la revolución rusa iba a ser "otra cosa", distinta al modelo mundial soñado por el marxismo occidental en 1917. Para él, el giro venía motivado por el fracaso de la revolución europea, "si la revolución europea se postergara para toda una fase histórica, si la clase obrera rusa no pudiera contar por un largo tiempo con el apoyo del proletariado de

²³ Pannekoek, A. *Lenin filósofo*. Cap VIII, "La revolución rusa".

otros países, es evidente que la revolución rusa se Debería Modificar²⁴. Stalin definía por esos días, con gran precisión, lo que la Unión Soviética sería en el futuro: un Estado Industrial del Proletariado²⁵.

A la muerte de Lenin la hoja de ruta ya estaba escrita y las disputas que enfrentaron durante seis años al grupo dirigente bolchevique no fueron sino movimientos elípticos. Trotsky había sido derrotado meses antes de morir Lenin, en octubre de 1923, cuando el pleno del Comité Central votó una moción de censura contra él por 102 a favor y 2 en contra, bajo la acusación de fraccionalismo (el más grave pecado desde 1921). ¿Por qué el dirigente más popular, después de Lenin, contaba con tan pocos apoyos en la nomenclatura dirigente?²⁶ Un dato relevante es que docenas de miles de personas habían sido elevadas a cargos políticos en los últimos tres años, sólo en 1922 más de 10.000 funcionarios provinciales del partido fueron nombrados por el Orgburo (Secretaría de Organización), cuyo secretario era Stalin y tenía la última palabra en los nombramientos²⁷. La mayoría de los nuevos bolcheviques incorporados al partido eran hijos de la Rusia profunda, de orígenes humildes y poca educación formal, a quienes el internacionalismo cosmopolita de Trotsky les era indiferente. Por otra parte la mayoría de los viejos bolcheviques no lo consideraba “uno de los nuestros”, se había incorporado al partido relativamente tarde y se recordaban las duras polémicas que Lenin y él habían sostenido antes de 1917. Incluso sus vacilaciones en el proceso de paz de Brest-Litov lo llevaron al borde de la ruptura con la mayoría del Comité Central. Es cierto que dos vectores estratégicos de su pensamiento político lo enfrentaban a la mayoría, uno de ellos, sostenido en sus “Cartas de América” (marzo 1917), era la insistencia en un gobierno exclusivamente obrero que pilotara la revolución, en el que la alianza estratégica con el campesinado no tenía cabida (“eso es saltar por encima del campesinado, cuyas posibilidades no han sido agotadas”, le respondía Lenin). Y el otro, la convicción de que sin revolución europea la aventura rusa no tendría sentido, lo llevó, por ejemplo, a sostener erróneamente a finales de los treinta que Rusia sólo podría vencer la inminente invasión alemana si contaba con el apoyo del proletariado internacional. Y por lo que se refiere a su teoría de la revolución permanente, en esencia era coincidente con la perspectiva leninista

²⁴ Informe de Gramsci al Comité Central del Partido Comunista Italiano, febrero 1926.

²⁵ “Preguntas y Respuestas”. Stalin op. cit. Tomo VII pag 60-67.

²⁶ La mayoría de los seguidores de Trotsky eran cuadros de segundo nivel como Y. Piatakov, V. Antonov-Ovseenko o E. Preobrazhensky.

²⁷ Figes, op. cit., p. 864.

sobre el evolucionismo social marxista y la necesidad de quemar en Rusia etapas históricas. En sus *Cuadernos de Cárcel*, Gramsci reflexionaría sobre ello, “el ataque frontal, guerra de movimientos o revolución permanente según Trotsky, en este momento sólo es causa de derrotas”²⁸

Lo que llevó al temprano aislamiento de Trotsky, además de su arrogancia, reconocida por amigos y adversarios, fue el miedo que su proteica personalidad generaba en los demás dirigentes. A unos por lo que consideraban que un golpe temidor abriera una fase bonapartista, con Trotsky como nuevo Napoleón. Y a otros porque para sus propias ambiciones representaba un obstáculo. Solo así entendemos que la variopinta mezcla anti trotskista reuniera en el mismo saco, en 1924, a Zinóviev, Kámenev, Bujarin o Stalin, alianza que en dos años saltaría por los aires.

Que las disputas internas eran menos un debate sobre objetivos estratégicos que una feroz lucha de poder entre los “tiburones” bolcheviques, quedó medianamente claro en el choque de 1926/27. Frente a lo que se percibía ya como un magma burocrático, que se iba adueñado del partido y a cuyo frente estaba como portavoz-ariete J. Stalin, se creó un grupo opositor dispuesto a jugar su última baza de asalto al poder. La Oposición Unificada, que así se autonombró, reunía a Trotsky, ya marginado, y a sus dos archienemigos de años antes, ahora en alianza: G. Zinóviev, jefe del partido en Leningrado, que sentía cómo el aparato de Moscú y los jóvenes bolcheviques maniobraban para socavar su poder regional, y L. Kámenev, quien en los últimos meses de Lenin se había postulado como su sucesor natural. El hecho de que en este conflicto no se dirimía el triunfo de la democracia de base sobre una burocracia fosilizada nos lo muestra la carta que Trotsky dirige a Bujarin en esos meses (1926), en la que reconoce que su aliado circunstancial, Zinóviev, es el patrón del mayor aparato burocrático de toda Rusia, en su feudo de Leningrado, pero que dada su debilidad en el Politburó era necesario compañero de viaje para destruir al enemigo mayor²⁹. Nunca como en ese momento había habido una confrontación de tanta virulencia en la historia de los debates bolcheviques. Gramsci, alarmado por lo que consideraba riesgo de ruptura y catástrofe, escribía:

Camaradas, ustedes que fueron en estos nueve años, el elemento propulsor de las fuerzas revolucionarias mundiales, que lo que hicieron no tiene antecedentes en toda la historia del género humano... están hoy destruyendo

²⁸ Gramsci, A. *Quaderni del carcere* (ed. Valentino Gerratana). Einaudi, Milano 1975. Cuaderno 6, pag. 138

²⁹ Trotsky, “Carta a Bujarin”, 1926

su propia obra, degradan y corren el riesgo de anular la función dirigente que los bolcheviques habían conquistado por impulso de Lenin. Nos parece que la pasión violenta de las cuestiones rusas les está haciendo perder de vista los aspectos internacionales de las cuestiones rusas”³⁰.

Porque, efectivamente, el debate ruso se expandió y fisuró al resto de partidos comunistas, dado que Zinóviev era desde hacia siete años el indiscutido presidente de la Komintern (Internacional Comunista) y jugó su baza ejerciendo su influencia en el comunismo internacional. Como ha señalado D. Losurdo, las violentas diatribas que tanto asustaron a Gramsci podrían ser entendidas como una actualización moderna de las antiguas guerras de religión, con su misma ferocidad, con su mismo dogmatismo en los detalles, con similar enconamiento hacia el adversario³¹.

El conflicto se resolvió en el XV Congreso del partido (noviembre 1927) con la derrota de la Oposición Unificada y la expulsión de sus dirigentes. Años después G. Dimitrov, presidente de la Komintern entre 1935 y 1943, anotaría en su diario la explicación que le dio Stalin sobre la derrota de la Oposición. “Trotsky, como sabemos, era el hombre más popular en el país después de Lenin. Zinóviev, Bujarin o Kámenev eran todos populares. Nosotros éramos poco conocidos en aquel momento, yo mismo, Molotov, Voroshílov y Kalinin. Nosotros éramos trabajadores sobre el terreno en la época de Lenin, sus colegas. Pero los cuadros medios nos apoyaron a nosotros y explicaron a las masas nuestras posiciones. Mientras que Trotsky ignoró por completo a estos cuadros”³². A juicio del historiador ruso R. Medvedev, notorio antistalinista “la tragedia del partido no fue que un hombre como Stalin dirigiese el Comité Central durante los años veinte, sino que la oposición fuese llevada por hombres como Trotsky, Zinóviev o Bujarin, los cuales no podían ofrecer una alternativa aceptable a la jefatura de Stalin”³³.

³⁰ Carta de A. Gramsci al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, 1926.

³¹ Losurdo, D. *Stalin. Memoria y crítica de una leyenda negra*. El Viejo Topo, Barcelona, p. 109.

³² G. Dimitrov, *Diarios*. Entrada del 7 de noviembre, 1937.

³³ R. Medvedev, *Que juzgue la historia. Orígenes y consecuencias del stalinismo*. Ed. Destino, Barcelona, 1977, p. 100. Según Medvedev, la Oposición era percibida como minoritaria y elitista, sin masa obrera que la apoyara. En el entierro de Joffe,

EL ALGORITMO DIALÉCTICO

Stalin el oscuro, el eficaz “hombre para todo” en el partido desde los tiempos de Lenin, se había convertido en el eje del Comité Central y del poder soviético. Era el patrón de la Gente Nueva, de los cientos de miles de cuadros que se habían formado y escalado posiciones después de la revolución. Emboscado en el anonimato de la dirección colectiva desde 1923, este georgiano que huía de los focos interpretó que la Oposición estaba fuera del sentir mayoritario del partido y actuó de ariete en las “discusiones”³⁴ que acabaron por derrotarla. Sin ser brillante orador y con alergia a los baños de multitudes, sí era sin embargo un formidable analista y un polemista metódico que desnudaba al adversario. Poseía además una capacidad de persuasión que parecía surgir de los centros telúricos, siempre anclada en la interpretación literal del legado de Lenin. Con su despacho como laboratorio de ideas, con las reuniones del Comité Central como el foro de sus maniobras y capacidad persuasiva y con sus artículos en *Pravda* como vínculo con millones de personas, comenzando por el estrato dirigente. En su muy calculada agenda estratégica, Stalin siempre eludió atribuirse originalidad alguna, se describió a sí mismo como un celoso obrero que seguía el libreto que Vladimir Illich había dejado trazado. En realidad un autómatas y albacea testamentario. Aunque claro, esto era uno más de sus trucos.

De cualquier modo, la historia le concedió a Stalin el pilotaje a partir de 1929 de una obra de ingeniería social sin precedentes, de un experimento que, mediante la colectivización de los campos y la industrialización acelerada, iba a cambiar las derivas geoestratégicas del siglo XX. En un artículo publicado en *Pravda* el mes de noviembre en el que señalaba a 1929 como el Año del Gran Viraje³⁵, Stalin se situaba en el ala radical de la izquierda y frente a los escépticos posibilistas (Bujarin, Tomsky, Rikov) que insistían en que el despliegue de la Nep todavía no estaba agotado, planteaba que el momento había llegado y era ahora. Que Stalin no improvisaba se comprueba si leemos sus intervenciones en los cinco años anteriores. En una muy citada conferencia en la Universidad Sverdlov titulada “Preguntas y Respuestas” (junio de 1925), había ya anticipado que la

miembro de la oposición, quedó al desnudo la escasa empatía que generaban los opositores. Es el entierro simbólico de Trotsky. *Medv.*, p. 90-91.

³⁴ “Discusiones” así se refirió Stalin a las violentas diatribas sostenidas con la Oposición en una conversación, años después, con el escritor yugoeslavo M. Djilas. Cfr Djilas *Conversaciones con Stalin*. Seix Barral, Barcelona, 1962, p. 65.

³⁵ Stalin, *op.cit.* Tomo XII, pp. 44-50.

construcción del socialismo en un solo país no solo “es posible, sino necesario e inevitable”, que ello significaba hacer realidad los sueños socialistas hasta ahora postergados, que la industrialización acelerada era la única garantía de supervivencia y esta se haría con los propios recursos, sin apelar a los créditos exteriores ni a la explotación colonial. Y que para sostener el crecimiento de las ciudades industriales sería inevitable un drenaje de recursos campo-ciudad. Resumía, en definitiva, que semejante aceleración en los niveles de producción requeriría de un colosal esfuerzo físico y emocional del pueblo, apretarse los cinturones y disponerse a una vida de ascetismo frugal. No es casual que esta apuesta de Stalin por el socialismo en Rusia se situara precisamente en 1925, año del enconado debate con Trotsky, quien negaba que eso fuera posible sin la revolución en Europa.

El que desde 1917 la revolución no hubiera seguido una vía lineal, sino zigzagueante (la invasión extranjera, el comunismo de guerra y la guerra civil, el repliegue de la Nep, la prematura muerte de Lenin y las luchas por su sucesión, la oposición trotskista) había generado un fuerte estrés discursivo entre las diversas opciones tácticas, un permanente batallar entre los grupos de poder y sus clientelas, en el que las posiciones perdedoras no tenían más remedio que aceptar su degradación en la dirección, pero no siempre daban la batalla por perdida. Con la victoria de la opción stalinista en el Año del Gran Viraje y la derrota de Bujarin y su grupo, la vieja guardia bolchevique estaba en trance de pasar a la irrelevancia pública. Y sobre ello no cabían sentimentalismos, menos aún de Stalin: “Si por lo único que nos llamamos viejos bolcheviques es por ser viejos, mal van nuestras cosas. Los viejos bolcheviques no gozan de respeto por ser viejos sino porque al mismo tiempo son revolucionarios siempre nuevos, que nunca envejecen”³⁶.

La coartada perfecta para el arranque de la planificación industrial y la colectivización agrícola fue la catástrofe alimentaria de 1928 que desabasteció las ciudades y colapsó la escasa producción industrial heredada. Bujarin quedó sin argumentos para defender la continuación de la Nep. De 16 millones de explotaciones campesinas antes de 1917 se había pasado a 25 millones en 1928 y esta atomización, que impedía la mecanización del campo y el bombeo de excedentes agrícolas a la ciudad, había ensanchado el porcentaje de producción destinado al autoconsumo rural. Stalin veía en ello un peligro de ruptura en el eje obrero-campesino y un insoslayable obstáculo para el salto industrial. Pasar

³⁶ Stalin, “Sobre la desviación derechista en el PC de la URSS”, Informe al Comité Central. Op. Cit, Tomo XII, pp. 3-38.

del universo de minifundios a gigantescas granjas colectivas no era un capricho experimental, sino la condición para el salto hacia un mundo urbano industrial capaz de producir, entre otras cosas, maquinaria agrícola suficiente para inundar el campo y maximizar la producción. En este caso el I Plan Quinquenal preveía pasar en dos años de 60.000 tractores a 250.000 cosechadoras (1930/31). La mecanización agrícola y la racionalización *koljosiana* liberaba del campo a millones de personas cuyo inmediato destino iban a ser los grandes complejos industriales que nacían como hongos en la geografía soviética. Y esto era un verdadero terremoto, tanto para los usos de la vida antigua, como para el imaginario utópico del viejo populismo ruso que veía en un campesinado idílico el sustento espiritual de la vieja Rusia. Máximo Gorki, tan cauteloso y a veces distante del curso de la revolución, percibió en el proceso de industrialización acelerada, que por fin Rusia se acercaba a la luz. A diferencia de Tolstoy, quien subrayaba las virtudes del *muhi*, Gorki siempre consideró al campesino ruso como una fuerza oscura, haragana, cruel y antiprogresista. Consideraba que el conde Tolstoy no conocía realmente el mundo rural, en cambio él había nacido en una familia muy pobre y conocía las limitaciones del pueblo ruso. “Siempre me ha inquietado que en Rusia el pueblo iletrado domine la ciudad. La dictadura de los proletarios instruidos en estrecha colaboración con la *intelligentsia* científica y técnica es a mi entender la única salida posible a esta situación imposible”³⁷. Claro que Gorki sabía que el precio a pagar por la dislocación de la estructura medieval en el campo, añadido a la resistencia que opondrían los nuevos ricos rurales beneficiarios de la Nep, iba a conducir, como así fue, a una virtual guerra civil en diversas regiones del país, con especial virulencia en Ucrania, donde los resentimientos antisoviéticos y el arraigo nacionalista convirtieron el proceso en guerra abierta entre, por una parte, los agentes soviéticos y sus asociados locales y, por otra, un enjambre de bandas armadas, remanentes de la guerra de S. Petliura a principios de los veinte.

En lo que se refiere a la industrialización, las cifras que arrojó el I Plan son apabullantes, con un crecimiento autosostenido del 20% anual y un acumulado del 250% en sus cinco años de vigencia. El maximalismo de metas y la inflexibilidad en los objetivos cuantificados comenzó a generar desequilibrios sectoriales que debieron ser corregidos en el II Plan, rebajando del 20% al 14% la tasa de crecimiento³⁸. La obsesión industrial gravitaba, esencialmente, sobre la

³⁷ Chentalinsky, V. *Los archivos literarios del KGB*. Anaya Muchnik, Barcelona 1994. Cfr el capítulo “El petrel enjaulado. El expediente de Gorky, pp. 397 y ss.

³⁸ Mayer, A. J. *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolution*. Princeton University Press, 2000, p. 630.

industria pesada, los bienes de equipo y el complejo militar. En este aceleramiento industrial hubo siempre, y nuclearmente, un componente de sobrevivencia estratégica como país. La convicción de que tarde o temprano las potencias de occidente acabarían con la experiencia soviética los había acompañado desde el mismo octubre, y esa sensación era general en los dirigentes y en el pueblo. Stalin lo había advertido en 1931, y esa frase era el motor de la emulación en toda Rusia, que “estamos cien años por detrás de los países desarrollados. O compensamos esta diferencia en el plazo de diez años o nos aplastarán”. Y justamente eran diez los años que quedaban para la invasión alemana.

La descomunal movilización constructivista iba pareja, cuando no subordinada, a una intensa movilización ideológica y política de la que Stalin se había convertido en símbolo y estímulo, desde las cúpulas de poder hasta los talleres fabriles, los *koljoses* de Kazajstan o las minas del Donbass. La frenética actividad constructiva, además, abría la carrera a millones de obreros, técnicos o ingenieros para hacerse un hueco, escalando en posiciones de prestigio e incentivos materiales. Surgieron gigantescos ascensores sociales en donde la movilidad hacia arriba dependía de las competencias laborales, del ingenio o de las aptitudes. Una promoción de abajo hacia arriba, de asalto y competición socialista, en la que “los de abajo” presionaban a “los de arriba” para acelerar el ritmo. Este febril ambiente, además de una intensa politización o entusiasmo, generó también una nueva épica literaria, el nacimiento de un universo creativo, producto del tiempo, que hacía envejecer con rapidez el canon clásico. El escritor Ilyá Ehrenburg dejó en sus memorias fragmentos sobre el estado febril de aquellos años y sobre el variopinto universo humano de las gentes que lo vivieron.

Los *konsomoles* arrebatados de entusiasmo se dirigían a Magnitogorsk, creían que bastaba la construcción de fábricas gigantescas para que la tierra fuera un paraíso. Bajo las heladas de enero el hierro quemaba las manos. Parecía que la gente iba a congelarse por completo. No había canciones ni banderas ni discurso. La palabra entusiasmo, como tantas otras estaba devaluada por la inflación, pero no se puede elegir otra palabra para los años del primer plan quinquenal. Pues precisamente el entusiasmo inspiraba a la juventud muchas gestas diarias poco espectaculares. Bastantes obreros veían las fábricas con cariño, llamaban al alto horno Tío Martín... Como es natural, entre los constructores había gente muy diversa, cínicos, aventureros, hombres de difícil asiento que iban de un lado para otro buscando lo que entonces se llamaba ‘rublo largo’. Si unos se sentían estimulados por elevados sentimientos, otros se esforzaban con la esperanza de conseguir un kilo de

azúcar o un corte de ropa. Vi la abnegación de unos, la codicia y la rutina de otros. Todos construían, pero de distinta manera: unos por sus ideales, otros por necesidad, unos terceros como trabajadores forzados”³⁹.

Es difícil encontrar en el largo trayecto de la experiencia humana un momento de explosión productiva tan intensa y concentrada en el tiempo. Ni siquiera en la China posterior a 1993. Mas allá de las cifras superiores en el caso soviético, hay una diferencia profunda: China pudo crecer gracias a la demanda exterior, se insertó en un circuito capitalista que la integró, gozó del favor que la globalización había traído hacia la deslocalización. Y ello sucedió en una época de relativa cordialidad de las élites mundiales hacia el “milagro chino”. Para la republica de los soviets, en cambio, nunca había habido tregua, la sensación de que tarde o temprano serían invadidos, que una coalición internacional sería el Armagedon exterminador, fue un componente clave en el sustrato emocional de la era de Stalin (“o nos equilibramos en diez años con occidente o nos aplastarán”). A principios de los treinta, las movidas internaciones de acercamiento entre potencias y el tanteo diplomático buscando pactos antisoviéticos eran indicadores que Stalin y la cúpula interpretaban como prolegómenos de la invasion. Parecía consolidarse un bloque internacional complejo y amplio de enemigos. Existía la convicción de que Japón invadiría el oriente soviético en 1932, como había ocurrido durante la guerra civil, y que en el oeste, polacos, rumanos y finlandeses se unirían a ellos con los suministros de Inglaterra, Francia y Alemania. Y esta sensación de guerra inevitable impregnó de urgencia y dureza el utópico viaje soñado por Marx, el “de aquellos comunistas que no pudieron ser amables y que contemplaban la naturaleza con impaciencia”, según cantaba Brecht en su poema *A los por nacer*.

La inflexibilidad en el cumplimiento de los objetivos estratégicos del Plan, entendido como apuesta por la supervivencia, generaba a su vez una fuerte tensión. La presión estresante que bajaba desde la cúpula hacia los cuadros medios por la consecución de las metas, siempre maximalistas y al alza, acabó creando una atmósfera de “sálvese el que pueda”. En 1931 Stalin advertía “o cumplís el Plan o seréis despedidos de vuestros puestos”, y eso iba dirigido a todos; y remachaba “los culpables de los fracasos serán castigados sin importar su rango”, generando un ambiente en el que pocos se sentían seguros en sus puestos. En su discurso al XVII Congreso (1934) Stalin seguía apretando las

³⁹ I. Ehrenburg, *Gentes, años, vida. Memorias 1891-1967*. El Acantilado, Barcelona, 2014, p. 128.

clavijas con más fuerza aún, “aquellos que se queden cortos, serán reemplazados sin importar la posición que tuvieron e independientemente de su servicios en el pasado”. Esta nueva advertencia no iba dirigida sólo a los cuadros técnicos del complejo industrial, sino también y especialmente a los miembros del partido, a los comisarios, secretarios provinciales y miembros de los servicios de seguridad, generando profundas tensiones internas. La desesperación por cumplir objetivos llevaba a los responsables en muchas ocasiones a falsear los números, a evadir sus responsabilidades culpando a terceros, ya fuera por suministros defectuosos o por deficiente construcción de vías cuando un tren ilegalmente sobrecargado descarrilaba. Un adjetivo ruso describía certeramente a quienes simulaban y engañaban, *vrushniki*, es decir hipócritas, gente que maneja la doblez. Para desviar responsabilidades ante los incumplimientos del Plan y salvarse a sí mismos, los directores técnicos y los jefes políticos encontraron un chivo expiatorio en el sabotaje. Que un tren descarrilaba en Jabarovsk, que los textiles venían defectuosos, que no se había conseguido la meta en el acopio de cereales, todo eso era obra de los saboteadores, de la quinta columna, de enemigos del pueblo. Y estos actuaban sibilamente, hacia el exterior simulaban cumplir las órdenes y se mostraban entusiastas pero en lo interno actuaban solapadamente para hacer descarrilar el gran proyecto soviético⁴⁰.

La obsesión por el sabotaje y la conspiración no fue necesariamente un invento del círculo de Stalin, la información que a ellos les llegaba desde niveles inferiores iba siempre en esa dirección. Los mismos obreros y la gente común acabaron internalizando que el sabotaje era el origen de los males que, en todo ámbito, afectaban al país. Y esa convicción generalizada fue preparando al pueblo para aceptar con naturalidad la autenticidad de las autoinculpaciones en las purgas de años posteriores. El historiador británico J. Harris resume:

Muchos ciudadanos interpretaron los accidentes industriales y la mala seguridad laboral como consecuencia de actos de socavación. Veían la contrarrevolución en los bajos salarios, en la escasez de bienes de consumo y en el duro trato que recibían de los jefes. Los funcionarios de las fábricas la veían en los recortes de financiación, en la entrega de insumos defectuosos y en las limitaciones de personal. Las tensiones en el lugar de trabajo eran tales que muchos trabajadores y funcionarios escribieron denuncias antes de ser denunciados ellos mismos. Stalin quería que la crítica desde abajo pusiera al descubierto las deficiencias de los funcionarios pero no previó lo que eso iba a traer consigo. Stalin no perdió el control sobre el proceso de represión porque estando en condiciones de contenerlo no lo hizo, pero su

⁴⁰ Harris, J. *El Gran Miedo*. Crítica, Barcelona, 2017, p. 244.

interpretación de las pruebas que ese proceso producía sin descanso garantizó que la violencia política se propagara, de la clase dirigente y la élite militar a las filas del funcionariado en general y a la totalidad de la población⁴¹.

La existencia de una oposición interna tampoco era fruto de la paranoia. Los perdedores en la lucha de fracciones en los veinte, algunos de ellos de inmenso poder, no necesariamente se habían retirado a casa, muchos seguían ocupando puestos relevantes, como Bujarin, derrotado en 1929 pero director hasta 1932 del diario *Izvestia*, el de mayor circulación en el país. Y otros, en tanto que revolucionarios bolcheviques de profesión con décadas de experiencia, siguieron trabajando a su manera para desmontar a Stalin. En 1932, el *Boletín de Oposición*, que editaba Trotsky en el exilio y con distribución mundial, publicó un exhaustivo informe sobre el economía de la planificación, violentamente crítico con Stalin, con información reservada y datos profundos, que solo podían haber sido suministrados por cargos de primer nivel. Ese mismo año se presentó la conocida como Plataforma Ryutin, el llamamiento a un golpe civil y militar para apartar a Stalin y descabezar al partido que necesariamente implicaría la muerte del líder. Esto no era nuevo, ya en 1917 el mismo Bujarin, en el trance de la paz en Brest-Litov, había apostado por un golpe que apartara temporalmente a Lenin de la dirección. En los meses de la disputa con la Oposición Unida hubo reuniones donde se debatió qué estrategia militar desplegar para ocupar el poder y eliminar al grupo stalinista⁴². El comunista suizo Humbert-Droz relata una reunión con Bujarin, el año 1932, en la que éste le expresa su convicción de que había que asesinar a Stalin (recuérdese que Bujarin era en ese tiempo director de *Izvestia*)⁴³. Bujarin había vivido la violencia de la colectivización y los horrores en el campo como una crisis moral personal, horrorizado por lo que creía era un gigantesco experimento de ingeniería social conducido por locos y que procedía sin piedad⁴⁴.

⁴¹ *Ibid.*, 205 y 158.

⁴² La comunista austriaca Ruth Fischer, cercana a la Oposición Unida es una fuente de primera mano para conocer las reuniones y estrategias de los opositores a Stalin entre 1926 y 1928. En 1948 publicó en Berlín su libro *Stalin und der deutsche Kommunismus*, Dietz Verlag.

⁴³ Losurdo, D. op. cit, pag. 93.

⁴⁴ Cohen, S. *Bujarin y la revolución bolchevique*. Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 351, 405. El libro de Cohen es la mejor biografía de Bujarin escrita hasta ahora. Los capítulos 8 y 9 se dedican a la controversia teórica y política que mantuvo con Stalin.

En diciembre de 1934, cuando fue asesinado el jefe de Leningrado S. Kírov, la cúpula interpretó que los hilos se anudaban y que este asesinato era el comienzo de una ofensiva de terror de una oposición que no se resignaba a la derrota. Por su parte, Trotsky, desde su exilio, contribuyó a echar leña al fuego; en un artículo dirigido a los camaradas norteamericanos señalaba a Kírov como cómplice del tirano y su asesinato era la repuesta del pueblo a la burocracia stalinista. Este hecho, según Trotsky, indicaba que en el país todavía quedaba gente sana y que se iban creando condiciones para una inminente revolución que enderezaría el rumbo de la Unión Soviética⁴⁵. La relativa facilidad con que se eliminó a Kírov y el hecho de que su asesino, L. Nikoláev, hubiera sido miembro de la Oposición y estuviera ligado a los órganos de seguridad (NKVD) generó en la cúpula dirigente, por una parte, el abismo sobre su propia inseguridad física, por otra, la convicción de que los viejos derrotados, Zinoviev, etc., seguían en la conspiración. Y algo más inquietante ¿sería cierto que los enemigos estuvieran infiltrados incluso en la misma dirección de la NKVD o, más todavía, que su propio jefe, G. Yagoda fuera uno de ellos? Dos años después Yagoda no estaba entre los vivos, había sido fusilado⁴⁶.

Se ha publicado un ingente material sobre las purgas en la era de Stalin y lo que se conoce como los años del terror, siendo la interpretación dominante, especialmente en occidente, heredera de la mirada inicial que estableció R. Conquest en su muy citado libro *El gran terror. Las purga stalinianas de los años treinta*, publicado en 1968⁴⁷. La obra de Conquest, basada en información oficial hecha pública en los años de Jrushchev y en entrevistas a exiliados soviéticos, era un producto narrativo de la guerra fría a caballo entre la interpretación de los datos y el discurso ideológico, pero tuvo la virtud de marcar un canon interpretativo que, en lo esencial, fue seguido por epígonos posteriores, casi todos del mundo anglosajón, como Gelateli, Montefiori, Pipes, Service y otros. La interpretación de Conquest, coincidente con las fuentes trotskistas, iniciadas por el propio Trotsky y continuadas por I. Deutscher o P. Brué, entendía que los años del terror respondieron a una maniobra especulativa, magistralmente escenificada, en la que una burocracia obsesa de su poder personal elimina a quienes le hacían sombra y de paso convierte al país en un gigantesco campo de concentración. En definitiva, una manada de lobos salvajes, despedazando a

⁴⁵ L. Trotsky, “La burocracia stalinista y el asesinato de Kírov. Respuesta a los amigos de Norteamérica”, 28 de diciembre 1934.

⁴⁶ A. Solzhenitsyn hace mención al juicio de Yagoda en el que fue condenado a muerte. Cfr. *Archipiélago Gulag*. Plaza y Janés, Barcelona, 1979, p. 411.

⁴⁷ La traducción española fue publicada en 1974, Luis de Caralt ed.

ingenuos corderos e inundando de sangre a la Unión Soviética. En los últimos años estudios más equilibrados han abierto fisura en esta matriz, recreando un universo de mayor complejidad, más ligado al momento histórico y menos tributario del subjetivismo. En su envolvente libro *Moscú 1937: Terror y Utopía*, K. Schlögel⁴⁸ sitúa la represión staliniana en un escenario constructivista en el que bienestar social, avances educativos, integración de las nacionalidades y frenesí utópico tienen su contraparte en el subproducto espantoso de una implacable lógica de la violencia. Por su parte el filósofo D. Losurdo, en su controvertido ensayo *Stalin, historia y crítica de una leyenda negra*, establece un relación umbilical entre la creciente consciencia por parte de la élite soviética de que una invasión desde el exterior era irreversible y la necesidad de acabar con una quinta columna interna, aliada objetiva del enemigo. J. Harris, en la que probablemente sea la más incisiva investigación hasta el momento, *El Gran Miedo*, fija su perspectiva de las grandes purgas sobre dos anclajes; por una parte, el peso de la historia que los bolcheviques cargaban sobre sus espaldas, hecha de conspiraciones, recelos y desconfianza a la infiltración de la Ojrana (policía zarista) en su seno, de endurecimiento personal por la guerra civil, de sobrevaloración de los aparatos de seguridad (Cheka) en momentos de asfixia (1918/21) y de disputas internas llevadas al límite. Por otra parte, para Harris los procesos de Moscú y la represión en masa fueron, simplemente, un producto superior o un salto cualitativo en la lógica de los conflictos por responsabilidades, fracasos y ocultamientos que el endiablado ritmo de cambios impuesto por Stalin desde 1928 había establecido en el ambiente soviético, tanto en los cuadros como en las masas. ¿Qué quiere esto decir?

La práctica generalizada por los cuadros de descargar responsabilidades hacia abajo había acumulado resentimiento en las masas funcionariales y obreras. Los altos funcionarios, centrales y regionales, tenían el monopolio de la información y en los informes que subían al Centro, responsabilizaban a los subordinados de los incumplimientos y errores. Esto fue generando las condiciones para que en algún momento estallara un motín iconoclasta. El que las bases estaban resentidas con los cuadros altos era algo que Stalin conocía desde hacía un tiempo, “van a rodar grandes cabezas” advirtió en 1934. La señal de asalto la dio en marzo de 1937, en un pleno del Comité Central, A. Zhdanov, en ese momento hombre de la máxima confianza de Stalin. Después de resolver con rapidez el primer punto de la reunión (que no casualmente era la definitiva liquidación de Bujarin) se pasó al segundo punto y Zhdanov apuntó a lo alto: “las bases obreras y campesinas tienen derecho a criticar y a informarnos de lo que los cuadros

⁴⁸ Schlögel, K. *Terror y Utopía. Moscú en 1937*. El Acanalado, Barcelona 2014

regionales nos están ocultando”. Igual que haría Mao en 1966 lanzando la consigna de “asaltar el cuartel general”, Stalin estaba abriendo la puerta a una verdadera insurrección del subsuelo estimulando las denuncias desde abajo⁴⁹. Desde ese momento en los talleres, en los *koljoses* y en las oficinas políticas se inició un intenso proceso de discusión y denuncias, la prensa regional y nacional se hacía eco de las virulentas diatribas y señalaba con nombres a los supuestos responsables. En este enfebrecido ambiente de denuncias, los arrestos pasaron a ser cotidianos y las acusaciones, tanto verticales como horizontales, generaron la sensación de que nadie estaba a salvo, nadie sabía si la ruleta lo señalaría. La primera en caer fue la Nomenclatura de alto nivel. Por ejemplo en el Comité Central más del 70% de sus miembros fueron fusilados en los siguientes dos años⁵⁰. Las camarillas regionales en Ucrania, Rusia o Siberia, fueron removidas y sus secretarios nacionales fueron ejecutados, como el poderoso V. Kosior en Ucrania.

En los tres juicios de mayor impacto fueron condenados gente que hacía años estaba derrotada: en el primero Zinóviev y Kámenev de la Oposición Unida, en el segundo Rádek y Piatákov de filiación trotskista y en el tercero y más conocido Bujarin, Tomsy y Rikov de la corriente de derecha. Pero estas grandes escenificaciones eran solo un espectáculo que opacaba miles de otros juicios en los que eran ejecutados o condenados a largas penas en Siberia viejos bolcheviques, ingenieros, economistas, comisarios políticos, escritores o militares.

¿Bajo qué lógica actuaba la guillotina?, examinemos dos casos. El general M. Tujachevsky, nombrado dos años antes mariscal de la Unión Soviética, fusilado junto a otros siete generales en junio de 1937, había sido acusado de espía alemán. Parecería un contrasentido para la gente común, pero no para la lógica de Stalin y su círculo. Tujachevsky le debía medallas y ascenso a Trotsky en su época de comisario de guerra, se había mostrado crítico con la colectivización, quizá por empatía con sus soldados de extracción campesina, además como máximo jefe militar tenía una larga historia de contactos profesionales con el Alto Mando alemán. Por si fuera poco, su fama internacional había llevado a la prensa europea a especular con un golpe militar, encabezado por él, que acabara

⁴⁹ Harris, J. op. cit. pags 194 y 166

⁵⁰ De los 139 miembros y candidatos del CC elegidos en el Congreso de 1934 fueron ejecutados 98, y de los 1966 delegados que asistieron fueron purgados 1108. Jansen, Marc, Petrov, Nikita (2002). *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Ezhov, 1895-1940*. Hoover Institution Press, Washington 2002, p. 344.

con Stalin y su experimento. A esto se le unió fatalmente el informe Heydrich, que llegó a manos de Stalin, según el cual el jefe de inteligencia alemán, almirante Canaris, estaba al tanto de las intenciones bonapartistas de Tujachevsky. Años después, en sus memorias, el general Zhukov confesaba desconocer las pruebas que acabaron con los generales de la generación de Tujachevsky, simplemente éstos desaparecieron y nadie se preguntó abiertamente por qué. A Zhukov lo salvó el hecho de ser un general surgido de la Gente Nueva a diferencia del profesional Tujachevsky, pero sobre todo el no estar en el entorno de trabajo del mariscal⁵¹. La mala suerte de frecuentar un ambiente de riesgo fue lo que llevo a la muerte a Isaak Babel, el muy popular autor de *Caballería Roja*. Babel era un cosmopolita con buenos contactos en el extranjero, especialmente con André Malraux, pero también era un duro. Había trabajado para la Cheka de Petrogrado como traductor y al momento de su detención recopilaba información para escribir una novela sobre *chequistas*, es decir se movía en ambientes espesos. Pero lo que lo sentenció fue la cercana promiscuidad que mantenía con el N. Yezhov, en ese momento gran “Torquemada” y jefe de la NDVD (Comisariado de Interior). Cuando Yezhov perdió su poder y fue detenido en abril de 1939, a Babel se lo llevaron al mes siguiente. Cuando el interrogador le preguntó cuál era a su juicio la causa de su detención, Babel respondió “un fatal cúmulo de coincidencias”. Fue fusilado al año siguiente⁵².

De los escritores críticos, Mandelstam, autor de un poema demoledor sobre Stalin que circulaba por los salones de Moscú, murió de tisis y locura en el *gulag* siberiano. Bulgákov, que no se había doblegado, acabo en la pobreza como portero de un edificio en Moscú. Svetaeva se suicidó en el destierro después de que fusilaran a su marido por conspirador. Ajmatova sobrevivió, a pesar de su intenso criticismo al stalinismo, por el respecto que generaba su rusismo estoico y radical. Para ella, según le confesó a I. Berlin, “el régimen soviético era el orden establecido en su país, con él había vivido y con él moriría, eso es lo que significaba ser ruso”⁵³. Y a Boris Pasternak, el poeta inspirador de esa generación, y no menos distante al nuevo orden, nadie lo tocó, “dejen tranquilo a ese ser celestial”, había dejado caer Stalin⁵⁴.

⁵¹ Zhukov, G. *Memorias y reflexiones* (Vol. I y II). Editorial Progreso, Moscú 1970. Capítulos VIII y IX, Vol. I.

⁵² Chentalinsky, V. op. cit. p 42.

⁵³ Berlin, I. op. cit. p 201.

⁵⁴ Chentalinsky, p 263.

En la lógica amigo-enemigo, conforme crecía la sensación de guerra inminente, mayores se hacían las exigencias de la máquina de detectar y triturar. Yezhov, en la cúspide del aparato, era un maximalista en la depuración y la purga, y creó un enrevesado y viciado sistema de procesamiento de la información. La forma en que la NKVD obtenía y clasificaba los datos sirvió para exagerar las amenazas a las que el régimen se enfrentaba, convirtiéndose en una fábrica de detectar conspiraciones y producir pruebas⁵⁵. El clímax en la represión se alcanzó en julio de 1937 con la Orden 00447, firmada por Yezhov y el Politburó, en la que se señalaban cuotas de fusilamientos en todo el territorio soviético, como si fueran metas de producción. Probablemente lo que convenció al Politburó para aceptar la orden fue el espectro de una guerra en puertas, con dos frentes en pinza, que la cúspide política creía inminente y que la convirtió en estado de emergencia popular. Desde 1937 en la Unión Soviética el ambiente general era el de preparación defensiva para una guerra que se palpaba. En este ambiente las purgas no solo buscarían eliminar a conspiradores y quinta columna, sino modelar la voluntad de combate del pueblo soviético cuando llegara la guerra y asegurarse de que el invasor no encontrara colaboración local. Con la Orden 00447 las purgas ya no se dirigían sólo a las élites del partido, ahora la guillotina apuntaba también a la gente corriente que se ubicara en el espacio equivocado, a restos de los recalcitrantes en el campo, a delincuentes comunes, a los de lengua larga, a minorías étnicas vecinas a posibles invasores, a élites polacas o a ucranianos occidentales⁵⁶. La omnipresencia que había adquirido la NKVD con Yezhov y su escalada de paroxismo en la sospecha de traidores amenazaba con paralizar la creatividad y la toma de decisiones en todos los ámbitos de la vida económica y ello suponía un frenazo en la tensión constructivista. Nadie quería equivocarse, las consecuencias eran fatales. Finalmente, cuando la máquina represiva adquirió autonomía propia y en su automatismo amenazó las puertas del mismo Politburó, se abrió el principio del fin de Yezhov. Fue destituido a final de 1938 y fusilado 14 meses después, acusado de conspirador y enemigo del pueblo. Vista la experiencia, la jefatura de la NKVD resultaría ser el cargo más peligroso para un dirigente soviético. Yagoda fusilado en 1938, Yezhov en 1940 y el último, L. Beria, en 1953.

El papel central que los órganos de seguridad adquirieron, dada su ubicuidad y sobredimensión, en el control de la vida política, económica y social los había convertido en instancias autónomas, sin límite ni regulación. Los “gorras azules”, uniforme del *chequista*, acabaron siendo percibidos como gente intocable,

⁵⁵ Harris, J. op. cit. p 221.

⁵⁶ Cfr. Schlögel, p 291 y ss.

personal especial por encima del resto, independientemente del rango y profesión. Pero paradójicamente del poder absoluto a la fosa había una cercanía inmediata y el futuro de estos funcionarios, especialmente los cuadros, era siempre inquietante. A decir de Solzhenitsyn las purgas se desataban en riadas secuenciales y afectaban a los órganos de seguridad más que a cualquier otra instancia. Con demasiada frecuencia un *chequista* instructor de la Lubianka cambiaba el papel de interrogador instructor por el de interrogado condenado, cayendo inexorablemente y ofreciendo la cabeza a la guillotina que tan bien conocía⁵⁷.

Isaiah Berlin, en un brillante artículo escrito en 1945, proponía que la explicación de la era de Stalin y los profundos choques y cambios de rumbo que la acompañaron está en Hegel. Según él, Stalin, como buen hegeliano, se orientó siempre por los opuestos dialécticos, por la tensión de contrarios, administrando los tiempos entre momentos de tensión y momentos de sosiego, entre fanatismo y apatía, cuya única y exclusiva perspectiva era un estado de excepción perpetuo, requisito para el éxito del proyecto. Y como era un tiempo de aceleración histórica Stalin fabricó una oposición de contrarios donde no necesariamente la había. En resumen, Stalin fue artífice de lo que Berlin llamó una Dialéctica Artificial⁵⁸. Pero esta ingeniosa mirada de Berlin requiere, en mi opinión, instalarse en un contexto de mayor amplitud holística. Los bolcheviques (y Stalin) no eran sólo hegelianos, eran gentes anómalas en las tradiciones políticas que operaban en un contexto ruso marcado secularmente por el instinto de defensa, y en especial a finales de los treinta cuando la colosal factoría de guerra alemana amenazaba con comérselos. Quizá fuera más pertinaz hablar de un sistema algorítmico, amasijo de historia e ideología. Un algoritmo automatizado para buscar soluciones ante problemas, conjugando los datos y clasificándolos mediante un programa ya dado. Un programa que, a falta de concepto mejor, llamaríamos “fenotipo bolchevique”, orientado por una estrella polar: garantizar la existencia de la URSS.

EL CLÍMAX Y LA PARADOJA DEL FRAILE

En junio de 1941 la Operación Barbarroja iba a desvelar el gran enigma: si el proyecto de Stalin resultaba ser históricamente el más solvente para sobrevivir a

⁵⁷ Solzhenitsyn ha descrito como nadie el universo de los órganos de seguridad y la vida de los *chequistas*. Cfr op.cit. Primera parte, cap. IV.

⁵⁸ Berlin, I. op. cit. p 194 y ss.

la gran prueba de la sobrevivencia. Se ha escrito hasta la saciedad sobre la incredulidad de Stalin en las horas siguientes a la invasión alemana y sobre la parálisis que lo postró en depresión durante el primer mes. Sin embargo, testimonios de personas cercanas a su entorno nos indican lo contrario⁵⁹. Aunque el pacto de no agresión Mólotov-Ribbentrop de 1939 fue firmado, formalmente, con perspectivas de duración, Stalin conocía la obsesión de Hitler hacia la Unión Soviética, que tan concienzudamente ha documentado I. Kershaw⁶⁰.

La firma del pacto fue para la Unión Soviética una compra de tiempo. Según el general Zhukov al país le faltaban dos años en 1939 para acabar de equipar a su ejército, teniendo en cuenta la velocidad de las cadenas productivas, funcionando en turnos las 24 horas. Por otra parte, el pacto de no agresión con Alemania, que fue interpretado en Europa como otro disparatado giro de timón de Stalin (dialéctica artificial, que diría I. Berlin), era en realidad la única alternativa viable frente a la poca voluntad anglo-francesa de alcanzar con la URSS un pacto antialemán, como reconocería más tarde Churchill. Su firma también era la confirmación de que la Internacional Comunista estaba muerta, dado que el pacto dejaba en el aire a los partidos comunistas europeos que habían hecho del antifascismo su prioridad táctica desde hacía cuatro años. Al fin y al cabo ¿cuáles habían sido los éxitos en la política de Frentes Populares adoptada por el VII Congreso de la Komintern en 1935? La República española, símbolo del antifascismo, ni siquiera pudo ser salvada, con el agravante de haber sido abandonada, incluso, por el gobierno del Frente Popular de León Blum en Francia. Y en el resto de Europa los partidos comunistas eran ilegales y ni de lejos tenían capacidad de organizar frentes civiles antifascistas. Al igual que lo había sido el tratado de Brest-Litov en 1918, el pacto de no agresión con Hitler era una opción desesperadamente posibilista para salvar al país, la ratificación de que el proyecto stalinista era una bitácora de supervivencia, no solo de la herencia utópica de Lenin, sino de Rusia como país. El hecho de que en 1939 Trotsky se refiriera a Stalin como “el comisario de Hitler”⁶¹, repetía sus posiciones diletantes en Brest-Litov, y estaba fuera de la realidad cuando aseguraba que el pacto era el acuerdo estratégico definitivo que Stalin siempre

⁵⁹ En este aspecto es fundamental el testimonio del general Zuhov, con quien Stalin trabajaba a diario. Cfr también Djilas, op cit p. 35 y ss. y Gromiko, A. *Memorias*. Aguilar, Madrid, 1989, pp. 124 y ss.

⁶⁰ Kershaw, I. *Hitler 1931-1945*. Península, Barcelona, 2000, pp. 339/386.

⁶¹ Trotsky, “Stalin, el comisario de Hitler”, 2 de septiembre 1939

había buscado con Hitler.⁶² Ahora como entonces volvieron a reactivarse las acusaciones de entreguismo.

Desde el minuto uno de la invasión alemana los periódicos y emisoras de Europa, salvo Inglaterra, celebraron lo que creían sería el pronto fin de la república de los soviets. La minusvaloración de su capacidad defensiva le auguraba un desastre inminente, semejante al ocurrido a Francia con la *blitzkrieg*⁶³. El diario ABC, por ejemplo, remarcaba la infinita superioridad alemana frente al rebaño ruso, un ejército de generales incapaces, de mentalidad africana, con material que no admite comparación alguna con el alemán. “Ocupar Moscú y acabar con la república de los soviets va a ser cosa de poco tiempo”⁶⁴. Además la guerra en el este no sería una guerra convencional, sino una campaña de exterminio y conquista territorial. Hitler lo dejaba claro allí donde hablaba, “en esta guerra no habrá vencedores ni vencidos, tan solo supervivientes y aniquilados”⁶⁵. Al mismo tiempo a la opinión pública europea, si se puede utilizar ese concepto, se la fue remitiendo hacia viejas categorías geopolíticas del pasado, en la que ya no se trataba de una guerra contra el comunismo sino contra la barbarie asiática, argumento similar al utilizado antaño por Napoleón y más tarde por el imperio austrohúngaro. “Un valladar al primitivismo asiático, que lo mismo que en las invasiones mongolas vuelve a amenazar a nuestro continente”, machacaba otra vez ABC⁶⁶.

El test a vida o muerte que propuso la invasión alemana demostró que el stalinismo había organizado un país capaz de sobrevivir a la embestida de la máquina industrial y militar del continente, puesta al servicio de Hitler. En esa hora crucial adquiriría sentido el frecuente uso que Stalin hizo siempre de conceptos militares para referirse a lo social como, por ejemplo, en una conversación con H. G. Wells: “si se quiere lograr un gran objetivo se precisa una fuerza central, un gran baluarte”, o “el dirigente que adormece la vigilancia de un ejército no comprende que el enemigo no va a capitular, que tiene que ser destruido”. De hecho, conforme se acercaba la inminencia del golpe, la Unión Soviética vivió un proceso de disciplinamiento, “la vida en el país se hacía más

⁶² Trotsky, “La alianza germano soviética”, 4 de septiembre 1939

⁶³ La euforia que animaba a los soldados alemanes y su convicción sobre un triunfo rápido en Rusia ha sido descrita por N. Stardgardt en *La guerra alemana. Una nación en armas, 1939-1945*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016, pp. 207 y ss.

⁶⁴ ABC 29/6/1941

⁶⁵ Hitler, discurso del 30 de enero de 1943.

⁶⁶ ABC, edición del 31 de enero de 1943.

rigurosa, más ordenada”, concentrada en la tensión productiva de cara a la guerra. Desde 1940 se impuso la jornada laboral de 8 horas, siete días a la semana, y se decretó el servicio militar obligatorio de cuatro años. Se había aflojado el dogal de la NKVD y un nuevo renacimiento emocional de lo ruso se palpaba en el ambiente.⁶⁷ La invasión aflojó el corsé y la rusificación trituró las diferencias por incorporación. Como señaló el escritor yugoeslavo M. Djilas, “Stalin comprendió instintivamente que su gobierno y su sistema social no se reharían del ataque alemán sin apoyarse en el *ethos* y en las aspiraciones seculares del pueblo ruso”. Hasta el obispo de la diócesis de Uman brindaba por Stalin, “el unificador de la tierra rusa”⁶⁸. En ese momento, como le dijo Stalin al escritor “no había más opción que la victoria o la muerte.”⁶⁹

El dispositivo industrial que se había creado tras doce años de economía planificada, sin ignorar la violencia y desequilibrios de su origen, demostró ser un seguro de vida. Y la progresiva atención al reequipamiento militar durante la década fue el precio que, en escasez y sobriedad de vida, pagó por ello el pueblo llano. Cuenta el general Zhukov cómo los militares presionaban con insistencia a la industria para exigir mejores diseños y mayores cantidades de armas y maquinaria, y cómo la planificación redistribuía recursos contando con las demandas sectoriales, pero siempre en beneficio del sector militar. El XVIII congreso del Partido en 1938, mientras Stalin en su discurso quitaba hierro a las supuestas intenciones bélicas de los alemanes, informó que el crecimiento de la industria de defensa estaba siendo del 39% anual, mientras que la economía nacional lo hacía al 13%. Exponer algunas cifras no es capricho, es un indicativo global. Por ejemplo, el año 1943 se estaban fabricando 35.000 aviones y 24.000 tanques y cañones⁷⁰. En el primer semestre de 1944, 16.000 aviones y 14.000 tanques⁷¹. En los cuatro años de guerra salieron de las factorías soviéticas un total de 135.000 aviones, 103.000 tanques y 825.000 cañones⁷².

En los amargos días de Stalingrado el general Paulus reflejaba en su Diario la sorpresa por las infinitas reservas que desplegaba el enemigo, tanto en la defensa como en el contraataque, y la inagotable despensa de materiales con que reponía las pérdidas. Cercado en Stalingrado, Paulus se preguntaba, “¿no nos habían

⁶⁷ Las citas anteriores están tomadas de Zhukov, vol I, p. 190 y ss.

⁶⁸ M. Djilas, p. 43.

⁶⁹ *Ibíd.*, 71.

⁷⁰ Zhukov, vol. II, p. 51.

⁷¹ *Ibíd.*, vol II, p. 304.

⁷² Zhukov, vol. II, p. 232.

asegurado que las reservas del enemigo estaban agotadas?”⁷³. Era lo que, lejos de allí, un Göring fanfarrón hacía creer a un auditorio entregado, que “el actual ataque invernal de los bolcheviques representa su última leva de hombres y materiales” (discurso del 30/1/43).

Después de Stalingrado llegó lo de Kursk, Bielorrusia y el cruce del Óder. A principios de 1945 el Ejército Rojo tenía Berlín a tiro. En 1944 la revista *Time* eligió en portada a Stalin como el Hombre del Año y conforme los rusos avistaban Berlín los medios anglosajones tendían a referirse a Stalin como un “sabio y genial conductor”⁷⁴. Era normal, la Unión Soviética acaba de liberar al mundo del fascismo y por todos era conocido el papel central de Stalin en la conducción de la guerra⁷⁵. Atrás quedaban viejos apelativos, como “el brujo del Kremlin” o “la esfinge enigmática” y las conferencias de Yalta y Postdam acabaron situando al país de Stalin en el centro del nuevo edificio mundial.

Evaluando los años de Stalin, el científico Alexander Zinóviev escribe que los acontecimientos rusos desde la Revolución de Octubre fueron parte de un proceso mundial e histórico, y el experimento que pretendía levantar un orden comunista fue un ensayo de laboratorio en el que se concentraron los momentos fundamentales de la tradición histórica europea. Este ensayo, además de producirse en un contexto de lucha sin cuartel contra las fuerzas superiores de Occidente, habría sido un “acto creador de colosal dimensión histórica realizado por millones de personas que ni siquiera sabían lo que era el marxismo”. Dedicados a “construir un país en emergencia, con poca preparación de sus cuadros, en el que estos sólo debían obedecer”⁷⁶. Con estos mimbres de partida, el pueblo soviético se las había arreglado para salir vivo del Armagedón. La épica resistencia y la victoria final engendraron la mayor oleada de autoestima que probablemente hubo vivido Rusia en su milenaria historia. Y que afectó, entre otros, al menchevique exiliado F. Dan, cegado de patriotismo por la salida triunfante de Rusia, con el III Reich postrado a sus pies y reconociendo ahora las

⁷³Paulus, F. *Stalingrado y yo*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2017, p. 86.

⁷⁴ El embajador soviético en Londres Ivan Maiski anota en su diario la inmensa popularidad que en el pueblo inglés habían adquirido Stalin y la Unión Soviética desde la batalla de Stalingrado. Maiski, I. *El cuaderno secreto* (edición de G. Gorodetsky). RBA, Barcelona, 2017, pp. 613 y ss.

⁷⁵ Sobre el estilo de trabajo de Stalin en los años de guerra pueden consultarse las memorias de Zhukov, los diarios de Dimitrov o *Memorias*, del ministro de exteriores soviético A. Gromiko (El País-Aguilar, Madrid, 1989).

⁷⁶ Zinóviev, A. *La caída del imperio del mal...* p. 57 y ss.

“razones históricas de Octubre” y, más todavía, del stalinismo, “a pesar de sus abusos ideológicos y su violencia”.

Más que los acuerdos de Yalta y Berlín, que consagraban como potencia a la Unión Soviética, me atrevo a pensar que la plena convicción de que su seguridad estaba garantizada se confirmó en agosto de 1949 con la detonación de la primera bomba atómica soviética. Con ello se cerraba el ciclo de la emergencia y la tensión perpetua en el logro de objetivos. La era de Stalin se cerraba y su trabajo personal estaba hecho, pero sobrevivió ocho años a la guerra. Los años de guerra habían aflojado la presión, el país había cambiado y la gente necesitaba normalizar sus vidas. Aunque el núcleo del aparato NKVD siguió intacto, la detección de enemigos y la búsqueda de culpables perdió todo sentido y los ensayos que se hicieron para reactivar su músculo acabaron en una triste parodia, como fue el caso del “complot de los médicos” en 1953. Justo en esos días un agonizante Stalin moría al fin.

En 1552 un fraile español escribía un informe, destinado con el tiempo a cambiar la percepción que el mundo tenía sobre la monarquía hispánica. En su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Bartolomé de las Casas lanzaba un ataque al corazón del proyecto hispano en el Nuevo Mundo y ponía la piedra maestra de lo que después se conocería como Leyenda Negra. Pasarían los siglos pero el mito seguiría creciendo, se convirtió en herramienta de ataque en los conflictos que enfrentó a España con el resto de Europa y en elemento de propaganda moral por parte del adversario. Las razones del clérigo tuvieron que ver, en buena medida, con la necesidad de abrir su propio espacio en un escenario de despiadada competencia y desorden y asegurarse una posición de poder, obtener una diócesis e influir en la Corte. El informe secreto de N. Krushev al XX Congreso del Partido en 1956 tuvo un efecto similar al libelo de Las Casas. Iba directo, en este caso no al sistema soviético heredado, sino a la yugular del mismo Stalin. Obviamente Krushev no era un antistalinista, desde hacía 20 años formaba parte del círculo íntimo de Stalin y por su celo en cumplir “duras y feas tareas” en Ucrania había escalado a la cumbre⁷⁷. Pero de manera similar al fraile,

⁷⁷ En su largo recorrido político a Krushev le ocurría igual que a los demás dirigentes de la cúpula, no estaban seguros en su puesto, si fallaban eran eliminados. Dimitrov estaba presente en el despacho de Stalin cuando este, en el momento más duro de la guerra, mantuvo una conversación telefónica con Krushev, entonces Comisario General en el frente, es decir, un duro. Stalin le recrimina por la desesperada situación militar en Ucrania: “¿Cómo es que toleramos esto? ¿Por qué no

a Krushev, en su paradójico salto al vacío, le urgía afianzar su poder y construir un relato de impulso con el que neutralizar a sus competidores, Mólotov, Mikoyan, Kaganovich o Malenkov, hijos de Stalin igual que él. El Informe Secreto, leído hoy, transmite ingenuidad en su composición y vacíos argumentales de abismo. Cuando lo leyó al selecto círculo de la Nomenklatura, sus oyentes eran gente que detectaban las lagunas del informe pero se callaron porque les tranquilizaba que toda la culpa del pasado recayera en un solo hombre, ellos estaban salvados. Stalin llevaba muerto tres años y las fidelidades hacia él ahora no garantizaban carrera ni poder. El nuevo jefe era quien marcaba el rumbo y los sentimentalismos hacia el legado de Stalin quedaban para el pueblo llano y los ilusos recalitrantes. El informe Krushev fue un invaluable regalo al discurso anticomunista de la guerra fría, un material surgido desde el mismo centro de poder del Kremlin que legitimaba, sin discusión, y daba argumentación al torrente de hagiografías que comenzaron a fabricarse. La piedra angular del antisovietismo.

Pero más allá del servicio al adversario, en Krushev se sintetizaba una tendencia autodestructiva que siempre había convivido, en contradicción dialéctica, con otras tendencias en los núcleos de decisión soviéticos. En Brest-Litov un grupo decidía jugarse a cara o cruz la sobrevivencia de la revolución, por pureza ideológica y errado diagnóstico sobre Europa. El sobreviviente de la Oposición, Trotsky, llevó al extremo las lógicas destructivas acariciando la idea de que el triunfo de Alemania sobre Rusia arrasara al stalinismo y preparara al país, ahora sí, para una verdadera revolución. La apuesta de Krushev, que omitía el abismo esquizofrénico en que sumía al pueblo soviético, era desnudamente una maniobra de supervivencia personal. Y lo de Gorbachov fue otra historia, pero en el mismo hilo de realidad y abismo. El momento histórico en el que operó Stalin había producido un modelo político surgido de la tensión, de un permanente estado de excepción y de una guerra política sin cuartel, hacia

dices algo? Allí estás tú, miembro del Comité Central, miembro del Politburó, un miembro del Consejo Militar del Frente ¡Deberías avergonzarte de ti mismo! ¿Cómo puedes ser tan inconsciente? ¿Qué problema hay contigo? Ya has entregado al enemigo la mitad de Ucrania. Estás preparado para entregar la otra mitad también. ¡Es una desgracia! ¿Qué medidas estás tomando? ¿Por qué no dices nada? Tienes diecinueve divisiones, organiza operaciones. Bajo ninguna circunstancia permitas a los alemanes alcanzar la orilla izquierda del Dnieper. Haz lo que tengas que hacer. De lo contrario, te lo estoy diciendo claramente, nos desharemos de ti" (*Diarios*, Dimitrov, entrada del 16 de agosto de 1941).

dentro y hacia fuera. Cuando el estado de excepción, después de la guerra, se disuelve en la normalidad, las prácticas que lo habían sustentado se convierten en obsoletas e innecesarias, aunque quede la arquitectura de poder heredada. Ahí es donde aparecerá con su efecto corrosivo la hipocresía o el doble vínculo, encarnada por el *vrushniki*. Un discurso acartonado, repetido como mantra por la gerontocracia del poder. A M. Gorbachov no se le podía pedir gran cosa, era hijo de una abstracción fosilizada que, desde hacía treinta años, había derivado hacia la hipocresía. Probablemente no fue la ineficacia la que hizo implosionar a la Unión Soviética sino el desgaste mental.

Recibido: 15 de junio de 2017

Aceptado: 20 de julio de 2017

Alejandro García es profesor de historia en la Universidad de Murcia. Autor de libros sobre escenarios en conflicto, tanto en América Latina como en África. Entre ellos: *Argentina. Notas sobre una época de violencia política*, *Civilización y salvajismo en la colonización del Nuevo Mundo*, *Hijos de la violencia*, *Historias del Sahara, el mejor y el peor de los mundos*, y *Los crímenes de Estado y su gestión*. alexg@um.es